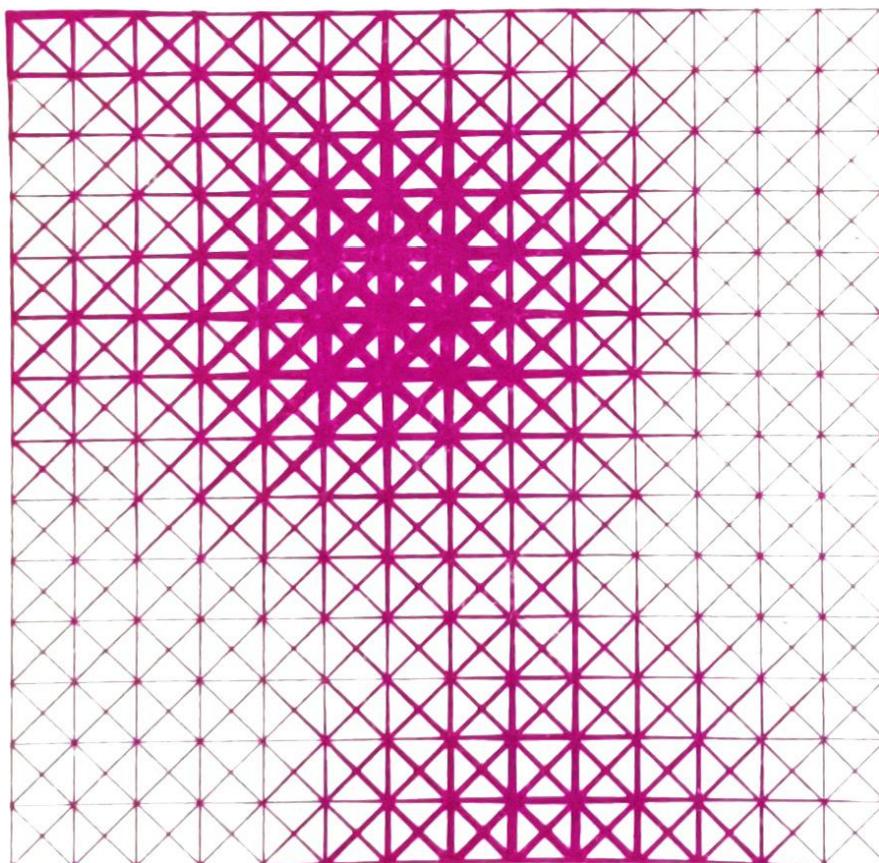


**las cartas
sobre la mesa
cuba
aclara posiciones**

**armando hart dávalos
entrevista de luis báez**



sociología
y política



siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda

AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTA, D.E. COLOMBIA

primera edición: editorial letras cubanas, 1983

título original: cambiar las reglas del juego

© armando hart, 1983

© luis báez, 1983

primera edición siglo xxi, 1984

© sobre la presente edición:

siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 968-23-1272-8

marzo de 1984

cuatro mil ejemplares

derechos reservados conforme a la ley

hecho en méxico/made in mexico

LAS CARTAS
SOBRE LA MESA
Cuba aclara posiciones

por
ARMANDO HART DÁVALOS
entrevista de Luis Báez



INDICE DE PREGUNTAS

Nota editorial / 1

1

Compañero Ministro: ¿cómo y por qué surge el Ministerio de Cultura? / 5

¿Los funcionarios de su Ministerio les dicen a los pintores qué deben pintar, o a los escritores lo que tienen que escribir? / 8

Concretamente, ¿de qué tareas se ocupa su Ministerio en relación con el arte? / 11

¿Cree que en algún momento los artistas pudieran sentirse presionados por el Estado? / 15

¿Cuáles son los objetivos de su Ministerio para el futuro inmediato? / 18

2

¿Excluye usted la posibilidad de que se hayan cometido errores en el desarrollo de la política cultural de la Revolución? / 22

¿Cuál es su opinión sobre la campaña que se ha hecho en algunos países europeos en torno al señor Armando Valladares? / 29

Usted ha dicho que Cuba dará su batalla intelectual en Occidente. ¿Qué significa eso? / 34

¿Intelectuales o artistas de prestigio han abandonado la Revolución? / 36

Hay quien afirma que a José Lezama Lima, por ejemplo, lo tuvieron marginado y aislado. ¿Qué puede decirnos sobre eso? / 39

3

¿Cómo ve usted el proceso histórico de la cultura cubana que condiciona el desarrollo del movimiento intelectual? / 47

¿Qué importancia le concede al desarrollo intelectual cubano de la década del veinte? / 53

4

Además de la Casa de las Américas –muy conocida en el extranjero–, ¿qué instituciones culturales han sido creadas por la Revolución? / 56

¿Cree usted que la cultura pueda favorecer el acercamiento entre países que tengan divergencias de tipo político, por ejemplo? / 61

¿Qué clase de relaciones y de contactos culturales mantiene Cuba con otros países

/ y con los intelectuales de América Latina? / 63

¿Cómo ve a Cuba y sus relaciones culturales en el contexto del Caribe? / 66

A esos festivales, ¿se invita también a los norteamericanos? / 68

A su juicio, ¿qué papel deben desempeñar los intelectuales en la crítica situación que vive actualmente la América Central? / 70

5

¿Cuál es su concepto de la libertad? / 74

¿Es posible la democracia con un solo partido? / 77

Los enemigos dicen que al pueblo cubano no se le brinda información sobre lo que pasa en el resto del mundo. Usted, por su parte, ha expresado que la prensa de la alta burguesía no refleja lo que está ocurriendo en los países socialistas. ¿Podría abundar sobre el tema? / 81

Recientemente hemos conmemorado el centenario de la muerte de Marx. Se habla de un «modelo único». ¿Qué opina usted sobre eso? / 88

¿Cómo son las relaciones entre el Estado cubano y la Iglesia? Los enemigos de la

Revolución dicen que se ha sustituido
a Dios por Marx. / 92

¿Qué piensa usted de la campaña acerca
de que en Cuba no se respetan los
derechos humanos? / 96

6

Su reciente viaje a España comenzó por
Sevilla. ¿Tiene eso algún significado
especial? / 106

Como latinoamericano, ¿tiene alguna
sugerencia que hacer para que esa
conmemoración sea un encuentro fructífero
entre las culturas de dos continentes? / 108

¿Existen canales de coordinación de una
política cultural con España, o hay
que crearlos? / 110

Su visita a España fue precedida por la del
Ministro de Cultura español a Cuba.
¿Significa eso que las relaciones culturales
entre ambos países van, efectivamente,
a intensificarse? / 112

7

¿Los cubanos se han planteado alguna vez
la posibilidad de invadir a los
Estados Unidos? / 115

De hecho, Martí habló de la existencia de
dos Estados Unidos... / 119

**¿Cuba está preparada para resistir una
agresión, una invasión procedente de los
Estados Unidos? / 121**

**¿En qué radica, a su juicio, la fuerza de la
Revolución Cubana? / 122**

NOTA EDITORIAL

Alrededor de ciento cincuenta horas de su tiempo en Francia, España e Italia dedicó Armando Hart Dávalos, miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba y Ministro de Cultura, a responder preguntas de innumerables periodistas y a sostener, además, entrevistas amistosas con diversas personalidades políticas e intelectuales. Hart visitó a Europa en marzo de 1983.

Durante su estancia en Madrid inauguró —en el Casón del Buen Retiro, Museo del Prado— la exposición Pintura de Cuba y España y Litografías del siglo XIX, valiosa colección perteneciente al Museo Nacional de La Habana. Participó, además, en la apertura de la muestra de siete artistas cubanos en el Museo Español de Arte Contemporáneo.

En España, el dirigente cubano realizó entrevistas con Felipe González, Presidente del gobierno español; Fernando Morán, Ministro de Relaciones Exteriores; Javier Solana, Ministro de Cultura, y Luis Yáñez, Presidente del Instituto de Cooperación Iberoamericano.

Posteriormente, en París, el Ministro de Cultura dejó inaugurada una exposición de

Wifredo Lam —recientemente fallecido— en el Museo de Arte Moderno, y sostuvo numerosos encuentros con políticos e intelectuales franceses, entre ellos el Ministro de Cultura, Jack Lang, y Lionel Jospin, Secretario General del Partido Socialista Francés.

Durante su recorrido por Europa, sostuvo también encuentros con los secretarios generales de los partidos comunistas de Italia, Francia y España: Enrico Berlinguer, Georges Marchais y Gerardo Iglesias, respectivamente. Se entrevistó, asimismo, con Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la UNESCO.

Para nadie es un secreto que todavía, a casi veinticinco años del triunfo de la Revolución —cuando el prestigio de Cuba se mantiene incommovible y la solidaridad de los pueblos con la Revolución Cubana es un hecho innegable—, los representantes de la prensa reaccionaria pretenden crear confusiones en el público apelando a la calumnia, la tergiversación y otras burdas maniobras de la guerra psicológica, tan sistemáticamente practicada por los enemigos del socialismo. En este trabajo, el periodista cubano Luis Báez, que acompañó al Ministro de Cultura en su recorrido, ha entretejido una larga entrevista partiendo de aquellos tópicos que mayor interés despertaron tanto en la parte

cubana como entre los periodistas e intelectuales europeos. Por el alcance y la vigencia de los planteamientos del compañero Hart, hemos creído conveniente recogerlos en libro, de modo que los lectores cubanos y extranjeros tengan también la posibilidad de participar —aunque sólo sea indirectamente— en este ineludible debate.

Compañero Ministro: ¿Cómo y por qué surge el Ministerio de Cultura?

Hay cuatro documentos principales de la política cultural cubana. En 1961, es decir, a raíz del triunfo de la Revolución, se produjo una amplísima reunión en la Biblioteca Nacional, con la presencia de numerosos intelectuales del país, y en la que tuvo una participación muy activa el compañero Fidel Castro. Después de amplias deliberaciones y discusiones, Fidel pronunció un discurso de clausura que desde entonces se conoce como **Palabras a los intelectuales**. Este es uno de los documentos básicos de la política cultural cubana. Obsérvese cómo desde los primeros años del triunfo revolucionario se trazaron las líneas esenciales de la Revolución en cuanto a nuestro movimiento cultural.

Mucho más adelante, en 1971, tuvo lugar el Congreso de Educación y Cultura. Las conclusiones del mismo se consideraron, en lo esencial, aspectos sustantivos de la política cultural cubana. En 1976 se promulgó la Constitución de la República —que tiene un capítulo dedicado a la educación y la cul-

tura—, y en uno de sus preceptos se proclama la más amplia libertad en las formas de creación artística. Creo que nuestra Constitución es una de las pocas en el mundo que ha convertido este principio en norma jurídica. También en los años 1975 y 1980 se producen los congresos primero y segundo de nuestro Partido Comunista, cuyas tesis sobre la cultura artística y literaria consideramos asimismo documentos básicos de la política cultural cubana.

En resumen, aquellos que quieran conocer los aspectos esenciales de nuestra política cultural, los encontrarán en las palabras de Fidel a los intelectuales en 1961; en las principales conclusiones del Congreso de Educación y Cultura, de 1971; en las Tesis y Resoluciones de los congresos del Partido de 1975 y 1980, y en los preceptos de la Constitución de la República.

En 1959, al triunfo de la Revolución, lo que existía en la esfera estatal era una Dirección de Cultura, adscrita al Ministerio de Educación. Hasta entonces era poco, casi nada lo que el Estado hacía en este campo. Tuve el honor de responsabilizarme con la dirección del Ministerio de Educación en esos primeros años, desde los días iniciales del triunfo revolucionario, cuando la Dirección de Cultura estaba adscrita a dicho Ministerio, pero entonces eran tantas las tareas de la

educación, de la alfabetización, de la extensión de la enseñanza primaria y de todo el trabajo educativo, que se vio claramente la necesidad de que la Dirección de Cultura tuviera una cierta independencia con respecto al Ministerio de Educación, y se creó entonces el Consejo Nacional de Cultura.

Por otro lado, la actividad cultural fue creciendo. En Cuba, por ejemplo, no existían industrias de producción cinematográfica antes del triunfo de la Revolución; las películas que se exhibían en el país eran exclusivamente extranjeras, norteamericanas en su inmensa mayoría; no teníamos una obra propia en este campo. En 1959 se creó el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). Se tomaron medidas revolucionarias que condujeron a la nacionalización de los talleres poligráficos, que eran muy pobres en comparación con los que hoy tenemos, pero que, no obstante, posibilitaron la ampliación de la industria del libro y la creación de un verdadero sistema editorial. Por cierto, recuerdo que la primera obra literaria que se editó —de hecho, la primera que se publicaba masivamente en Cuba— fue **Don Quijote de la Mancha**. Luego se creó la Editorial Nacional, bajo la dirección del compañero Alejo Carpentier. Más tarde, en 1967, se creó el Instituto Cubano del Libro. También se empezaron a intensificar las relaciones culturales con América Latina y, desde el co-

mienzo, se fundó la Casa de las Américas, dirigida por Haydée Santamaría.

Todos estos y otros muchos organismos e instituciones culturales fueron funcionando de acuerdo con los principios de la política cultural enunciada en los documentos anteriores, así como en las orientaciones básicas de la Revolución. Sin embargo, ya en 1975 se comprendió la necesidad de crear un organismo superior que coordinara, orientara y sirviera de vehículo a la relación del Estado con los demás organismos, para darle una aplicación coherente a la política cultural, porque en materia de política la cuestión no es sólo de enunciados, sino también de formas concretas de aplicación. Así nace, a fines de 1976, el Ministerio de Cultura. Tuvimos el honor de que se nos designara para asumir esa responsabilidad.

¿Los funcionarios de su Ministerio les dicen a los pintores qué deben pintar, o a los escritores lo que tienen que escribir?

Confieso que cuando llegamos al Ministerio de Cultura no podíamos imaginar qué cosa era un Ministerio de Cultura, ni cuáles eran exactamente sus funciones. Podíamos imaginar, e imaginábamos, qué era un Ministerio de Educación, ya que habíamos tenido alguna experiencia en esas funciones; podíamos concebir, y concebíamos, lo que era un Ministerio de Gobernación, o lo que es un Mi-

nisterio de Defensa, o un Ministerio de Salud Pública, un sistema de asistencia médica... Pero un Ministerio de Cultura, teniendo en cuenta que la cultura es una creación del pueblo y de sus mejores talentos, ¿qué función podía tener? Cabía el peligro —y ante los peligros siempre hay que estar alerta— de que la función de un Ministerio de Cultura fuera a confundirse con la de los artistas o que constituyera una intromisión en la creación artística. Ese es un peligro, sobre todo porque hay siempre una tendencia espontánea en muchas personas a imponer sus propios patrones estéticos. Todos tenemos gustos estéticos, todos tenemos preferencias artísticas, pero si tratáramos —en calidad de funcionarios del Ministerio de Cultura— de establecer nuestros propios gustos estéticos como patrones de conducta o de normas a seguir en la práctica de determinados géneros artísticos, podríamos acabar convirtiendo nuestro Ministerio —y el desarrollo de la cultura, en general— en algo demoníaco.

Alguien me preguntó una vez cuáles eran los géneros artísticos que nosotros —como Ministerio, y en nuestra condición específica de Ministro— teníamos más interés en promover. Y le respondimos que el Ministro de Cultura de Cuba no tiene facultades para expresar pública y oficialmente sus propios gustos artísticos, sino que tiene la obligación de propiciar el desarrollo de todos aquellos

que sean viables de acuerdo con la historia cultural del país, con las posibilidades concretas del país, y darle a esa política la mayor amplitud posible. Y esto lo hemos planteado también a los funcionarios. Empezamos luchando contra la natural tendencia humana —de la que no tienen por qué estar exentos los funcionarios del Ministerio— a convertirse en una suerte de normadores de las formas o los gustos estéticos. Pero para evitar que esto ocurriera había que definir cuáles eran las funciones del Ministerio y cuáles eran sus relaciones con el movimiento artístico y cultural en su conjunto.

La primera actividad sistemática que tuvimos en el Ministerio y que hemos seguido llevando a cabo ha consistido en una relación muy sincera con el movimiento artístico y literario. Empezamos a convocar reuniones con diversos sectores artísticos para que ellos expresaran sus ideas, sus criterios, sus opiniones; reuniones muy francas y abiertas, tanto sobre aspectos administrativos como del desarrollo artístico, cultural. Reuniones verdaderamente democráticas, en las que todos participaban y en las que nosotros nos limitábamos a preguntar, a escuchar con un doble propósito: primero, conocer de cerca nuestro movimiento artístico e intelectual; segundo, tratar de estimular un clima creador en el país —que es una de las obligaciones fundamentales del Ministerio.

No obstante esto, era preciso diferenciar las funciones del Ministerio de la tarea de los artistas. Sobre este tema —que en la cultura es un tema cardinal de nuestro tiempo— vale la pena reflexionar un poco. Pienso que al referirse al arte hay que hacerlo en un doble sentido: en el sentido del arte como tal, de lo específico de la creación artística, y en el sentido de sus condicionamientos, de una serie de factores que se mueven en el contorno de lo artístico, pero que no son propiamente artísticos. Y pensaba que el Ministerio se debía mover alrededor de esos aspectos que, no siendo propiamente artísticos, influyen favorablemente en la creación artística. Creo que esto es válido para todos los países del mundo.

Concretamente, ¿de qué tareas se ocupa su Ministerio en relación con el arte?

El Ministerio se ocupa del desarrollo de la base material y técnica del arte, de los problemas que tienen que ver con recursos materiales, con financiamientos, con desarrollo tecnológico. Se ocupa también de la enseñanza artística, la creación de escuelas de arte, la organización del sistema de enseñanza artística bajo los principios del sistema nacional de Educación. Además, de todo lo relacionado con la divulgación cultural, encaminada a crear un clima de receptividad y participación en las actividades culturales.

Alguien tiene que propiciar todo eso, alentar todo eso a nombre del Estado, del conjunto de la sociedad, sobre todo en las condiciones de nuestro país, donde no había una tradición histórica de promoción; quizás en los países desarrollados, o que tienen una larga tradición de trabajo cultural, esto haya surgido más orgánicamente, pero en nuestro país eso no tenía antes una tradición fuerte, sistemática. Pues bien, nosotros nos ocupamos de eso: de la promoción, la difusión, la divulgación.

Por otra parte, había que establecer algún tipo de relación entre el movimiento intelectual y artístico y los organismos del Estado, como por ejemplo, el Ministerio de Educación. Uno de nuestros objetivos fundamentales —fue un acuerdo especial de nuestro gobierno— es lograr que se introduzca la formación estética en el sistema regular de enseñanza. Esto abarca dos aspectos: la educación estética como parte del sistema regular de Educación, y la participación creativa de los jóvenes en las actividades extraescolares. Esto se aplica tanto a la educación superior como a la media y la primaria.

Nosotros no podíamos dejar de vincularnos a los problemas de la información y la promoción culturales. Esta no es una tarea propiamente artística, claro está, sino una tarea de coordinación con los medios de información y promoción. A lo que aspiramos

—y debemos lograrlo en el futuro, y digo en el futuro porque es una política del Ministerio que todavía no hemos podido desarrollar— es a que el arte penetre en todas las esferas de la vida. Incluso en la esfera de la industria —a través del diseño artístico—, relacionándose con la producción industrial. No es una tarea fácil; en este campo, todavía no hemos avanzado todo lo que quisiéramos, pero estamos trabajando en esa dirección. En el II Congreso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) decíamos que esta era una tarea de décadas, pero lo cierto es que alguien tiene que acometerla desde ahora, para ir sentando las bases.

Hay que tener en cuenta además que la sociedad cubana ha seguido en estos años un proceso de transformación radical —el proceso de construcción del socialismo—, y por tanto se había procedido a nacionalizar y socializar lo fundamental en cuanto a medios de producción y de servicios. En las condiciones de una sociedad empeñada en construir el socialismo —en la forma que se está planteando en la nuestra— era necesario crear todo un sistema, una base económica que sirviera de fundamento práctico a la creación artística e intelectual. Porque el arte, como fenómeno social, se desarrolla en las sociedades modernas sobre una base, digámoslo así, empresarial, sobre una base económica y tecnológica. En un Estado como el

nuestro alguien tenía que ocuparse del desarrollo de esa base empresarial, tecnológica, de esa base económica que sirve de sustento material a la producción artística, sobre todo en la época moderna, cuando ya la distribución y recepción de la obra artística individual tienen —y no podrán dejar de tener— un basamento ineludible en los procesos de grabación, editoriales, poligráficos, de producción cinematográfica, de difusión masiva del arte; procesos que —repito— descansan sobre una base de carácter industrial, tecnológico, empresarial.

La función principal del Ministerio ha sido la de ir creando esa base e ir organizando ese sistema de empresas. Nosotros no sustituimos a los artistas; no tenemos poderes mágicos para eso, ni podría beneficiarnos semejante torpeza. Al contrario, nos empeñamos en crear un sistema de empresas culturales que sirvan de base al desarrollo de los artistas y de todos los géneros y formas artísticas. Lo que nosotros reemplazamos, como Ministerio de Cultura, es el sistema de empresas que en otros países funciona en forma privada o a través de consorcios, y que en el nuestro están socializadas.

Por lo demás, hemos ido propiciando el surgimiento de organizaciones de carácter cultural o sociocultural que, aunque adscritas al Ministerio de Cultura, operan con

autonomía dentro de su actividad y contribuyen al desarrollo del movimiento literario y artístico. Por ejemplo, la Casa de las Américas, creada en 1959, promueve las relaciones con el movimiento artístico e intelectual de América Latina; es un centro que pudiéramos llamar de carácter sociocultural —porque no tiene carácter gubernamental—, dedicado a trabajos de investigación y promoción en el campo del arte y la literatura latinoamericanos.

¿Cree que en algún momento los artistas pudieran sentirse presionados por el Estado?

Eso depende de quiénes y con qué concepto se dirija el trabajo del Estado en la cultura. Ese es un peligro real, es decir, puede ocurrir. Siempre existen peligros en la aplicación de una política. En todos los caminos que recorreremos —y mucho más cuando estos son desconocidos en sus formas concretas— acechan diversos riesgos. Hay diversidad de variantes, y no siempre los hombres aciertan a encontrar la mejor. Todo está en decidir cuál es la política más justa y cuál la capacidad que tienen los hombres para rectificar sus errores. Yo creo que aquí interviene, entre otros factores, una cuestión de formación cultural y de educación en su sentido más amplio. Los conceptos estrechos o burocráticos para el manejo de las cuestiones culturales son síntomas de limitaciones intelectuales y

de falta de confianza en la sociedad que construimos. Si tuviéramos una visión burocrática y tratáramos de imponer nuestros criterios individuales a las instituciones escolares y universitarias —un síntoma de ignorancia y de incultura— sería muy peligroso... Se ha hablado mucho de los peligros del burocratismo en la sociedad socialista. Creo que la única solución a este problema está en proponerse desarrollar un movimiento de masas, en garantizar que la creatividad artística se manifieste con la más amplia y profunda libertad, y que el debate ideológico se plantee sobre la premisa de esta libertad.

Nosotros no tenemos un concepto burocrático de la cultura; en cambio, nuestros enemigos sí: quienes nos acusan son precisamente los que controlan burocráticamente la información y la promoción cultural en el mundo capitalista. Ellos son los verdaderos burócratas. Son ellos los que con su propaganda incesante —y a veces aplastante— realizan verdaderos «lavados de cerebro». Hay quienes quieren limitar la función del Estado en la cultura..., pero sólo para dársela a los monopolios. Para nosotros el Estado, si es realmente democrático, si tiene un fundamento político en las masas populares, resulta una garantía mucho más efectiva para la libertad creadora que los aparatos burocráticos y tecnocráticos de las transnacionales de la cultura, de las empresas monopolistas mo-

dernas que controlan la llamada industria cultural.

En las condiciones de la sociedad moderna no es posible resolver los innumerables problemas prácticos que existen si no hay, en la esfera estatal, alguien que represente todo ese movimiento. Ya dijimos que, a nuestro juicio, lo que hace el Estado es coordinar, impulsar, alentar. Pero, además, nosotros estamos creando instituciones que funcionan con autonomía, como las que ya mencioné. De hecho, no podemos dirigir burocráticamente el movimiento de masas —digamos, en las universidades— porque quienes hacen esas tareas, los que dirigen ese trabajo, son las organizaciones estudiantiles, el movimiento estudiantil; lo que hacemos nosotros es apoyarlos, ayudarlos, alentarlos en la realización de esa tarea. En realidad, propiciamos un mayor número de opciones para que puedan realizar sus tareas con más efectividad.

Se acusa al Estado socialista de crear un poderoso aparato burocrático y tecnocrático. Pero repito: lo que nosotros hemos hecho es sustituir el ineficiente aparato burocrático que tenían las empresas y los mercaderes de la cultura, para no hablar de las llamadas instituciones oficiales. Invito a una seria reflexión sobre el dominio que ejerce el aparato burocrático y tecnocrático de las grandes empresas transnacionales de la información, las que controlan la propaganda, la

difusión de las noticias, y que no forman parte del aparato burocrático del Estado, pero de hecho asumen sus funciones. Ellas sí —las transnacionales de la información— cuentan con un poderosísimo aparato burocrático y tecnocrático. Y es evidente que están condicionando, desvirtuando, entorpeciendo el desarrollo cultural de muchos pueblos.

¿Cuáles son los objetivos de su Ministerio para el futuro inmediato?

La Revolución va a cumplir su primer cuarto de siglo. Ha cambiado notablemente la composición escolar y cultural del pueblo. El público cubano es hoy muy diferente al de 1958, lo que no es más que un resultado de nuestro esfuerzo colectivo. La campaña de alfabetización, la extensión de las enseñanzas primaria y secundaria a toda la población, la red de escuelas en el campo, la proliferación de instalaciones culturales de todo tipo, la batalla de nuestra clase obrera por alcanzar el sexto grado, la extensión de la enseñanza tecnológica y superior...

Es evidente que en todos estos años ha habido un crecimiento, un incremento del clima creador en el país. Y nuestro propósito es crear las condiciones para que la cultura llegue a penetrar en todas las esferas de la vida, que no sea algo diferente o distante del resto de la vida; que en ella intervengan la

imaginación, la creatividad del pueblo; que sea, en fin, una cultura de todos, una cultura de profunda raíz popular.

Una sociedad que construye el socialismo debe aprender a ocupar su tiempo libre de una manera culta, y para ello contar —dadas las propias exigencias culturales de la población— con una diversidad de opciones. Esas opciones se crean y se consolidan estimulando la creatividad en todos los campos. El Ballet Nacional —dirigido por Alicia Alonso— es un ejemplo elocuente. Si mal no recuerdo, el **New York Times** llegó a decir que teníamos un Ballet más grande que las posibilidades de nuestro país, un Ballet desproporcionado al tamaño de nuestro país, aunque, desde luego, la magnitud o la importancia de los valores culturales no puede medirse por kilómetros cuadrados, como el territorio de los países en que surgen. El hecho de que Alicia, además de una bailarina extraordinaria, haya sido y sea una gran promotora y divulgadora del ballet en Cuba, nos ha colocado ante uno de los aspectos más interesantes del movimiento cultural cubano: que en un país sin tradición de ballet, en virtud de contar con Alicia, se haya desarrollado y ampliado ese movimiento de una manera inusitada, al extremo de que muchas veces tenemos que decir a las provincias, a los compañeros de los Órganos del Poder Popular, que no podemos crear tantas escue-

las de ballet como quieren ellos, que no tenemos los recursos necesarios... Claro, esto tiene que ver también con el hecho de que el Ballet Nacional de Cuba ha ido a buscar a su público y ha tratado de hallar formas cubanas de expresión; pero lo cierto es que se trata de un arte sin tradición entre nosotros que, no obstante, surge y se desarrolla debido a esa especial circunstancia, y al apoyo que le ha dado la Revolución.

En estos años se crearon la Orquesta Sinfónica Nacional, el Coro Nacional, el Conjunto Folklórico Nacional, el Conjunto de Danza Nacional de Cuba y decenas de otras organizaciones artísticas. Se creó la Escuela Nacional de Arte, todo un sistema de escuelas de arte. Hoy estamos construyendo escuelas de este tipo en varias provincias del país; hasta 1975, Cuba estaba dividida en seis provincias; ahora hay catorce —además del municipio Isla de la Juventud—, y estamos construyendo escuelas vocacionales de arte en ocho provincias.

Lo que queremos para la vida cultural cubana es que el pueblo tenga cada vez más posibilidades de elegir, mayor diversidad de manifestaciones artísticas. Ya hemos avanzado bastante en este sentido, pero la misma presión de un público cada vez más culto nos obliga a seguir avanzando. Y lo haremos dentro de los principios que inspiran la política cultural del país, fortaleciendo y renovando

los lazos históricos, la tradición viva de la cultura cubana, inseparable de las raíces africana y española, y de sus nexos con el conjunto de la cultura caribeña y latinoamericana. En más de una ocasión hemos dicho que marchamos de lo nuestro nacional hacia lo nuestro latinoamericano y caribeño, y por esa vía, hacia lo nuestro universal. Un país que se aísle culturalmente, que se aísle en arte, es un país que retrocede en arte. Para nosotros, es un principio y una necesidad tener relaciones culturales con todo el mundo.

¿Excluye usted la posibilidad de que se hayan cometido errores en el desarrollo de la política cultural de la Revolución?

¿Cómo voy a excluirla? No hay gobernante que no se haya equivocado, no hay ser humano que no se equivoque. Pero conviene hacer una distinción entre la política, las ideas de los hombres, y los errores que los hombres cometen en su realización. Yo creo que esa es una de las cuestiones sobre la que más tiene que reflexionar el movimiento revolucionario. La validez de las ideas no se puede medir por los errores en su aplicación. Hay que preguntarse si los errores son parte sustancial de las ideas, o si han derivado de la práctica de los hombres. Nosotros hemos cometido errores, pero creo que pocos gobernantes en el mundo —y digo pocos para que no se nos acuse de inmodestos— han tenido el valor que tuvo el compañero Fidel de proclamar públicamente ante el pueblo los errores que se han cometido. Y eso le da una enorme fuerza moral.

Nosotros tenemos que estar luchando constantemente contra nuestras propias fallas, y

creo que es un deber de todo gobernante, de todo el que tenga una responsabilidad ante el pueblo, ese de mantenerse siempre vigilante de sí mismo, de sus propios desaciertos; no caer en subjetivismos, no caer en apreciaciones precipitadas. No, por supuesto que no excluyo la posibilidad de que se hayan cometido errores, de que haya funcionarios que hayan cometido tal o cual error. Creo que de eso no está exento nadie en ningún país del mundo, ni en ningún sistema social. Creo, por otra parte, que el socialismo es muy joven. El socialismo tiene solamente unas cuantas décadas. Durante ese lapso ha habido que improvisar, que experimentar, que buscar caminos, y en la búsqueda de esos caminos y en esas experimentaciones necesarias, los hombres han cometido errores, a veces grandes errores. Se han cometido errores en el movimiento revolucionario, sin exclusión de ningún país. Pero lo importante es la actitud con que los hombres se enfrentan a sus propios errores. Una vez planteé, en un congreso de la Unión de Escritores y Artistas, que el primer deber de un intelectual honesto es reconocer que no posee la verdad absoluta, que tiene que discutir y analizar con los demás para alcanzar la verdad hasta donde sea posible. La mejor manera de evitar los errores es acercarse al pueblo, acercarse a los demás, oír a mucha gente...

Algunos acusan a nuestro país de antide-mocrático. Yo puedo decir —con toda sinceridad, con toda honestidad— que no hay aspecto básico de la política cultural —como no lo hay de la política interna, en general— que no sea consultado, discutido con los interesados, con las masas, con un número grande de personas, y con una participación muy amplia de todos. No dudo que hayamos cometido errores en la aplicación de la política cultural, aunque al mismo tiempo no creo que hayan sido de esencia; si hubiéramos cometido algún error estratégico no tendríamos el avance cultural que hoy tenemos. Pero vamos a partir del supuesto de que hayamos cometido errores específicos; vamos a partir de ese supuesto para hacer el análisis. Ante el desarrollo de un movimiento cultural —artístico y literario— como el que ha tenido lugar en el país; ante la calidad —internacionalmente reconocida— de muchas de nuestras manifestaciones artísticas, incluso algunas que antes no existían entre nosotros, como la creación cinematográfica; ante la evidencia de que se han ampliado considerablemente las opciones culturales del público, ¿es justo hablar, como lo hacen los enemigos de la Revolución, de un estancamiento o un retroceso? ¿Cómo se puede desinformar, tergiversar de esa manera la realidad cultural de nuestro país? Es evidente que no quieren, que no pueden admitir que se haya

ampliado y enriquecido; pretenden ignorar la calidad de nuestras expresiones artísticas y literarias, pero estas se imponen por sí mismas, ante el público y ante la crítica desprejuiciada.

Las reglas del juego que nos quieren imponer consisten en situar el caso de los traidores al socialismo como el escenario principal de la batalla ideológica en el campo de la cultura. En torno a eso tejen una turbia madeja de intrigas y montan una enorme propaganda. Es puro diversionismo. Lo que quieren es arrastrarnos a una interminable discusión, a una polémica bizantina que, cuanto más se propague y enrede, mejor sirva a sus propósitos. Nosotros no podemos caer en esa trampa. Para situar el debate ideológico en el terreno estrictamente cultural, tenemos que hacer girar la discusión en torno a cuestiones muy diferentes.

En Cuba hay millones de personas participando, recibiendo los beneficios de la cultura. En Cuba, antes del triunfo de la Revolución, se editaban menos de un millón de libros al año; hoy se publican alrededor de cincuenta millones. Antes de 1959 no había ni remotamente una promoción tan amplia de jóvenes creadores, escritores, artistas... Antes había unos diecisiete mil estudiantes universitarios; hoy tenemos doscientos mil. Se ha elevado notablemente el nivel escolar y cultural del pueblo, incluso por estudios en

el extranjero; antes de la Revolución muy pocas personas, muy pocos jóvenes podían salir del país; viajaba una ínfima minoría —burgueses y alta clase media, por supuesto—, y salvo contadas excepciones, no iban a estudiar, sino a pasear. Otros viajaban también, pero como emigrantes: salían del país en busca de trabajo. Hoy, en Cuba, han ido a estudiar al extranjero decenas, centenares, miles de personas, jóvenes sobre todo. Y en fin, han cambiado la composición, los intereses del público cubano: hoy es un público más exigente, más riguroso, que reclama opciones más variadas.

Nosotros no podemos inventar artistas, pero sí hemos creado las condiciones necesarias para que surjan los artistas, para que ningún talento se frustre o deje de manifestarse. Hoy tenemos centenares de creadores —en todas las ramas— y cientos de miles de aficionados que participan activamente en una vasta red de instituciones culturales. Hay centros de investigación de todo tipo; centenares de investigadores del arte y la literatura —para no hablar de las ciencias y la técnica— están trabajando sobre problemas de culturología, historia, estética, lingüística y teoría de la literatura y el arte. Hay una política de rescate de nuestras mejores tradiciones culturales y, al mismo tiempo, de estímulo permanente a lo nuevo, a la experimentación artística, a la asimilación crítica de las corrientes

artísticas y literarias contemporáneas, a las que —por cierto— ya hemos contribuido con nuestro propio aporte, por lo menos a nivel latinoamericano.

Me pregunto entonces: ante ese movimiento individual y de masas, ante esa diversidad de opciones y posibilidades, ¿qué actitud puede tomar un hombre honesto y, sobre todo, un intelectual, un artista honesto? Me parece que es una pregunta digna de reflexión, que merece una respuesta seria. Y en realidad, muchos la han dado, y otros muchos la darían si pudiéramos ir cambiando las reglas del juego. Porque lo cierto es que hay una manipulación descomunal alrededor de estas cuestiones; lo cierto es que las transnacionales de la información y sus voceros locales marcan las fichas y hacen su propio juego, obligando a los demás a «hacerles el juego». Muchos nos preguntan, sinceramente preocupados: «¿Por qué ustedes no responden a toda esa campaña, por lo menos en Europa?» En primer lugar, porque nosotros no contamos con los recursos de las transnacionales y sus distintas redes: ellos dominan, prácticamente monopolizan los medios. En segundo lugar, se trata de gentes inescrupulosas que, al quedarse sin argumentos, apelan a la intriga, a las más burdas mentiras, y las propagan por el mundo con los medios de difusión de que disponen, como si fueran verdades. Y eso es lo que les pasa

a los ideólogos del imperialismo y a la alta burguesía, en este caso europea. Esa burguesía —en algunos países tan aliada al imperialismo norteamericano que ya da pena verla— está aquejada de anemia, de un grave deterioro cultural. Hubo una época en que no era así —al contrario—, en que una parte de la burguesía aún reconocía sus inquietudes en las obras de Balzac, por ejemplo. ¡Cómo ha llovido desde entonces! ¡Cómo ha descendido la alta burguesía en el campo de la literatura y el arte, que ya sólo es capaz de verlos en términos de escándalo publicitario! ¿Los problemas de la literatura se deciden por los escándalos o por el número de libros que se publican y el número de bibliotecas que hay en el país? ¿Los problemas del arte se deciden por escándalos publicitarios alrededor de un «caso» prefabricado, o por el número de exposiciones y de casas de cultura que hay en el país? En los últimos cinco años, nosotros hemos creado cerca de doscientas casas de cultura, lo que para un país de diez millones de habitantes es —me parece— algo digno de consideración. En los últimos años hemos creado un museo en cada municipio, y Cuba tiene ciento sesenta y nueve municipios... En los primeros años de la Revolución se erradicó definitivamente el analfabetismo. Pensándolo bien, ¿no es todo eso un «escándalo»? A las transnacionales de la información y sus voceros,

tan aficionados a los escándalos, ¿no les interesarán esos datos tan «escandalosos»? Porque nosotros también «escandalizamos», pero de otra forma; de hecho, el mayor «escándalo» es la propia Revolución.

En fin, nosotros vamos en ascenso. En cambio, ¿qué ha ocurrido con la alta burguesía y sus ideólogos? Yo pienso que han descendido. ¡Han descendido de Balzac a Valladares, que ya es mucho decir!

¿Cuál es su opinión sobre la campaña que se ha hecho en algunos países europeos en torno al señor Armando Valladares?

Este señor fue condenado por participar en la organización de sabotajes, de atentados terroristas, como puede verse en la prensa de la época. Luego dijeron que estaba parálítico. Le puedo asegurar que eso es mentira. No estaba parálítico, y la prueba es que salió caminando para el aeropuerto. Ni estaba parálítico, ni era un intelectual en Cuba, ni creo que sea un intelectual fuera de Cuba. Podía haber sido un intelectual discrepante —o como se dice en el juego, «disidente»—, pero no lo era. Ahora, vale la pena reflexionar sobre este «caso», prefabricado de pies a cabeza —pues ni era parálítico ni era intelectual—, porque llama la atención que la más alta burguesía europea haya tenido que apelar a un terrorista, a una persona convicta de sabotaje, para fabricar un escándalo an-

ticomunista apoyándose en los principales medios de propaganda y difusión.

Hay un consorcio muy poderoso, que controla la promoción y difusión de la información en Europa occidental, aunque también, por supuesto, hay radios y publicaciones democráticas, independientes; pero es la cúpula la que decide, la que modela la opinión pública. Y lo curioso es que suele acusarse a nuestros estados independientes de crear, como ya dije, un aparato burocrático y tecnocrático alrededor de la cultura. Yo creo que uno de los aparatos burocráticos y tecnocráticos más fuertes que se hayan creado jamás es el que se mueve alrededor de los medios masivos, de los consorcios que controlan la información y la noticia. Y es ese aparato el que se encargó de fabricar el «caso» Valladolides. Decididamente —para no caer en lo anecdótico— es un caso de decadencia cultural. Me parece que hoy, sólo la clase obrera europea puede retomar las ideas impulsoras de la cultura en sus respectivos países. Eso sólo lo pueden hacer, hoy en día, la clase obrera, los partidos socialistas, comunistas, de izquierda, las fuerzas de avanzada, los hombres honestos, la intelectualidad progresista. Hay una crisis cultural en la alta burguesía que se expresa en la utilización de la publicidad y del escándalo, apelando a todo tipo de medios —incluso artísticos— para pre-

sentar una imagen deformada de la realidad. O para ocultar la realidad, simplemente.

Por ejemplo, a fines de julio y principios de agosto del año pasado, se celebró en México la Conferencia Mundial de Políticas Culturales, convocada por la UNESCO. Asistieron ministros de todos los países miembros, y se hicieron planteamientos muy interesantes. La mayoría de las resoluciones aprobadas en aquel encuentro cultural criticaban la política imperialista y denunciaban el control de la información por los monopolios, por los grandes consorcios monopolistas. Se supone —tratándose de acuerdos de la mayoría de los países del mundo, de decisiones internacionales— que encuentren un respaldo internacional a través de los medios masivos... Porque allí estaban países de todos los continentes, la mayoría; allí estaba también Francia, representada por Jack Lang, que hizo intervenciones muy interesantes. Bueno, ahí tienen noticias para divulgar y comentar, noticias que atañen al mundo entero... Pero los grandes consorcios que controlan la información se hacen los distraídos; no les hace ninguna gracia que la UNESCO apoye eso; al contrario, acusan a la UNESCO. Y callan o tergiversan. Nosotros tuvimos una discusión allí con la delegación norteamericana, que quería que los acuerdos salieran por consenso, y me decían que la forma culta era el consenso. Yo argumenté: «Miren, la

forma más culta es la unanimidad; tratemos de buscar la unanimidad, y si no se encuentra, consideremos que la forma culta es el consenso. Si no existe consenso, el voto de la mayoría es también la expresión de una forma culta. ¡Ustedes se tienen que acostumbrar a la idea de que han perdido la mayoría en los organismos internacionales!» Mi pregunta es: ¿Qué se publicó sobre este evento? ¿Qué dijo la gran prensa de todo eso?

En los Estados Unidos le han negado la visa a García Márquez —uno de los grandes de la literatura latinoamericana de este siglo, ahora Premio Nobel—, y eso me parece algo escandaloso; pero de ese escándalo, ¿qué dice la gran prensa? ¿Cuántas páginas o transmisiones le dedica? Nosotros tuvimos una reunión con los intelectuales norteamericanos y latinoamericanos en México, y esperamos tener otras. ¿Qué dijeron los grandes consorcios sobre eso? Sé que hay periodistas independientes que afrontan trabas para conocer de primera mano las noticias y que luego no pueden verlas publicadas, o se minimizan. Pero lo cierto es que hay una increíble manipulación de la noticia, y esa manipulación... ya sabemos a quién sirve.

Pero volviendo a su pregunta, y resumiendo: lo que la alta burguesía pretende con su juego —el juego de los «disidentes»— es como para preocupar a todo el mundo. Primero pretende ocultar dos hechos: el formidable

movimiento que se gesta en los países que han escogido la vía independiente, y la evidencia de que en los países capitalistas no disienten uno, dos ni tres casos, sino lo mejor del movimiento intelectual, la mayoría de los intelectuales independientes. Y de los artistas también... Empezando por Chaplin y Picasso, y terminando por Vallejo y Neruda, entre los ya fallecidos; y entre los vivos..., sería imposible enumerarlos: son miles los que disienten del imperialismo. Y cada vez serán más, porque la burguesía poco tiene que ofrecer a los pueblos y a la cultura.

Pero en última instancia, ¿qué es lo que pretenden? Creo que esto es algo más profundo de lo que parece, y pienso que debería preocupar a los pueblos de Europa occidental, sobre los cuales cae masivamente esa propaganda. Lo que pretenden es desacreditar al socialismo y a todos los que tengan ideas progresistas; lo que pretenden es contrarrestar el avance de las ideas progresistas en Europa, y por extensión en el resto del mundo. Porque en Europa las ideas progresistas han estado avanzando. Y esta es la contraofensiva de la reacción, que se disfraza de muchas maneras.

Yo aconsejaría a los amigos de Cuba, a los amigos del socialismo, a los intelectuales progresistas y honestos, que antes de buscar en otra parte los signos de la tiranía cultu-

ral, los busquen —y los desenmascaren— en los aparatos burocráticos y tecnocráticos de las grandes empresas monopolistas.

Usted ha dicho que Cuba dará su batalla intelectual en Occidente. ¿Qué significa eso?

Nos acusan de «salirnos» de la cultura de Occidente. El señor Reagan ha dicho que nosotros debemos «volver» al Occidente. Ese sí que es un problema muy grave, porque no podemos volver a donde estamos; que yo sepa, la isla de Cuba no se ha movido de sitio. Nosotros estamos en Occidente, y la discusión ideológica, política y cultural la damos en nuestro mundo, en Occidente. Los reaccionarios de este y del otro lado del Atlántico deben saber que Cuba va a dar la discusión ideológica, política y cultural en Occidente, dentro de su propia tradición, una tradición que en gran medida se gestó en los pueblos de Europa, precisamente.

No me gusta hablar de «Occidente» ni de «cultura occidental», porque muchas veces se utilizan esas expresiones con claro matiz político; pero podríamos decir que Cuba forma parte del movimiento cultural que se gestó en los pueblos situados en el Occidente. Ahora bien, estos pueblos, para ser consecuentes con su propia tradición, tienen que mirar un poco más hacia Asia, África y América Latina, es decir, tienen que ser cultos con un criterio universal.

Nosotros aspiramos a la universalidad. Precisamente la quiebra cultural de la alta burguesía y del imperialismo estriba en que tratan de ignorar o aplastar al resto del mundo, se niegan a integrarse en plano de igualdad con el movimiento cultural internacional. Con criterios regionalistas, mezquinos y colonizadores no es posible representar al movimiento cultural de los pueblos de Occidente. Y la burguesía en sus estratos más altos —la que controla los grandes medios de difusión— sigue manteniendo una actitud paternalista, autosuficiente y despectiva hacia el movimiento cultural de los países subdesarrollados, hacia la inmensa mayoría de los países del mundo. Pretenden trazar pautas o ignorar olímpicamente a los países subdesarrollados y a los países socialistas, lo que equivale a ignorar a casi toda la humanidad.

Nosotros, geográfica y culturalmente, estamos también en Occidente, pero no para encerrarnos en una frontera que nos separe del resto del mundo. Libramos nuestra batalla cultural sobre los principios en que se inspiró la cultura occidental y sobre su aspiración o vocación de universalidad. No para aislarnos, sino para abrirnos al mundo; no para limitarnos, sino para enriquecernos. Muchos de los que agitan la consigna de la «cultura occidental» olvidan incluso que el marxismo-leninismo es, en gran medida, un producto del desarrollo filosófico, económico

y social de esa cultura. Nosotros no lo olvidamos. Y estamos dispuestos a dar, dentro de la tradición de lucha de esa cultura, nuestra propia batalla.

¿Intelectuales o artistas de prestigio han abandonado la Revolución?

Bueno, han pasado casi veinticinco años desde el triunfo de la Revolución, y podemos decir que lo mejor del movimiento intelectual y artístico cubano murió junto a la Revolución o vive hoy junto a la Revolución. Bastaría citar a don Fernando Ortiz, Navarro Luna, Ramiro Guerra, Emilio Roig, Juan Marinello, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Raúl Roa...; o a Chacón y Calvo, Serpa, Pérez de la Riva, Lazo, Camila Henríquez Ureña —cubana por adopción—, Mirta Aguirre, Piñera...; o entre los plásticos a Amelia Peláez, Wifredo Lam, Acosta León, Servando Cabrera Moreno...; o a nuestros grandes compositores e intérpretes, desde Gonzalo Roig y Benny Moré hasta Adolfo Guzmán, Sindo Garay, Félix B. Caignet, Bola de Nieve...; en fin, militantes o no, creyentes o ateos, adscritos a las más diversas corrientes literarias y artísticas, todos murieron junto a la Revolución, junto a su pueblo —o, como en el caso del maestro Lecuona, sin negarlo, sin sumarse a los enemigos de la Revolución y del pueblo—, y hoy sus obras se estudian, se divulgan, siguen creciendo... Los que hoy viven junto a la Revolución son tantos, que

no tendría sentido enumerarlos. ¿Es necesario que cite a Nicolás Guillén, Alicia Alonso, Mariano o Portocarrero? ¿O a Pedroso, Tallet, Feijóo, Portuondo, Onelio, Eliseo, Dora Alonso, Pita, Orta, Augier, Soler Puig, Cintio, Retamar, Moreno Fragnals...? ¿Y los escultores, como Rita Longa, o los cineastas, como Santiago Álvarez y Gutiérrez Alea, o los teatrístas, como Sergio Corrieri y Raquel Revuelta... y tantos otros poetas, narradores, críticos y ensayistas, pintores, bailarines, compositores, actores, intérpretes...? ¿Y los que han sido reconocidos internacionalmente, en plena juventud, como es el caso de Leo Brewer, de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, de Humberto Solás, de Jorge Luis Prats, de Tomás Sánchez, de Miguel Barnet...? ¿Es necesario que cite casos como el de José Juan Arrom, que no ha perdido su cubanía ni su integridad pese a los años que lleva fuera de Cuba —en los Estados Unidos, precisamente—, ahora como profesor jubilado de la Universidad de Yale; o como el de Marcelo Pogolotti —uno de los fundadores de nuestra plástica—, que reside desde hace muchos años en México?

Prefiero no hacer inventarios. Siempre se corre el riesgo de ser injusto por omisión, y además, como ya dije, el Ministro de Cultura no está facultado para establecer jerarquías intelectuales ni para expresar gustos o preferencias estéticas. Pero creo que basta eso

simple enumeración para que se haga evidente que la Revolución ha contado y sigue contando con los mejores talentos literarios y artísticos de nuestro pueblo. Quisiera precisar otro aspecto que, aun en medio de la lucha ideológica, conviene tener presente. Algunas personas que han abandonado el país y que ahora son enemigos furibundos de la Revolución, procedían de sectores de izquierda o se decían de izquierda. Inicialmente no eran hombres de derecha. Y nosotros podemos respetar a una persona que sea de derecha y que, consecuentemente, asuma posiciones de derecha; podemos respetarla aunque tengamos con ella contradicciones profundas, de tipo ideológico y clasista. Podemos reconocer incluso que es una persona honesta, puesto que cree sinceramente en sus ideas y las sostiene. Son, por decirlo así, reaccionarias de corazón. Pero esas personas que han salido de nuestro país y que se decían de izquierda son, simplemente, tránsfugas: son desertores de una idea. Compartieron una causa, estuvieron en Cuba durante mucho tiempo —algunos hasta dirigieron instituciones culturales de distinto tipo—, y después desertaron, traicionaron sus ideas y la confianza que se había depositado en ellos. Quiere decir que son traidores. Y si yo fuera a darle un consejo a la derecha, le diría que tenga mucho cuidado con los traidores. Porque, efectivamente, uno puede respetar a un

enemigo ideológico —sin que las contradicciones dejen de ser profundas—, pero tiene que desconfiar, y en nuestro caso, despreciar a los traidores, a esos que nunca han sido defensores consecuentes de una idea. En Cuba fueron una minoría, y sus credenciales artísticas o literarias son escasas, discutibles o inexistentes.

Hay quien afirma que a José Lezama Lima, por ejemplo, lo tuvieron marginado y aislado. ¿Qué puede decirnos sobre eso?

Los desertores no perdonan a los que no desertaron. Y a Lezama lo atacan así, simulando que lo defienden. Antes no necesitaban de esos subterfugios; porque debe saberse que los que hoy hacen esas acusaciones, cuando estaban en Cuba publicaban artículos injuriosos contra Lezama; y fueron precisamente los marxistas cubanos quienes les salieron al paso en defensa de Lezama. De eso tenemos pruebas documentales.

Los comunistas cubanos dijeron que Lezama no era comunista —era católico, en efecto—, pero que lo importante no era eso, sino saber si Lezama estaba con la Revolución o no estaba con la Revolución. Es decir, desde la prensa, los marxistas cubanos les salieron al paso a aquellos extremistas. Y son estos los que ahora gritan desde Europa que nosotros tuvimos una actitud inconsecuente con Lezama. Pero ahí están los docu-

mentos, la prensa de la época, para demostrar que ellos arremetieron contra Lezama con una serie de improperios, y que, en cambio, los marxistas cubanos, los comunistas cubanos, salieron a defender a Lezama desde las páginas de sus propios órganos de prensa. Dejaron bien claro que lo decisivo no era la filosofía de Lezama, sino su obra literaria —el hecho de que era un gran poeta— y su posición política, de adhesión a la Revolución. Aclaro esto para que se vea la baja calidad moral de esas personas, de esos flamantes defensores de sus víctimas. Son far-santes, simplemente.

Lezama representa, en el movimiento intelectual cubano, un momento de grave crisis —es decir, la época de los años 40, los años 50, que fue un período de crisis—, en el que sectores de las capas medias de la población, y muchos intelectuales que no tenían posiciones políticas avanzadas, estaban sobrecogidos por la crisis y no le encontraban salida. Sin embargo, Lezama, que no tenía posiciones marxistas ni radicales, que no veía salida a la situación en las décadas anteriores al triunfo, fue un cubano profundo, gran conocedor de lo más genuino de la cultura nacional. Su tragedia consistía precisamente en amar lo cubano en el arte y no vislumbrar una solución histórica para el desarrollo del arte cubano. Pero reveló su cubanía de una manera insólita y apasio-

nada. Y reveló, además, el drama del arte —o del artista— en una época de frustraciones que no tenía más salida que la revolución. Cuando triunfó la Revolución, Lezama —por cubano genuino— se adhirió a ella de inmediato. Esto es lo que no dicen los extremistas que lo atacaban —y lo atacan—, y que no por azar son los oportunistas que luego desertaron de la Revolución. Ahí radica la esencia del extremista convertido en desertor. Ya Lenin advirtió: «Raspa la piel de un extremista y encontrarás debajo un oportunista.»

Los marxista-leninistas hacemos un análisis más profundo y, por consiguiente, más humano de estos problemas. Los hombres honestos y genuinamente cultos —si tienen raíces en la cultura nacional, como era el caso de Lezama— están junto a la Revolución y no establecen murallas entre ellos y los comunistas. No se piense que se trata de un pacto, de una transacción. Las posiciones verdaderamente radicales son las que nos llevan a los análisis más consecuentes y profundos. Lezama no era comunista —muchos otros no lo son—, Lezama era católico, pero merece el honor de figurar en la historia cultural de la Revolución Cubana. Esto no es lo que querían los extremistas de ayer y los desertores de hoy; pero fue lo que logró Lezama, con su posición y su obra, y lo que hemos logrado los comunistas de ayer y de hoy.

Para nosotros, esa es una posición de principios. La hemos mantenido también con otros valiosos intelectuales, que han recibido honores de la Revolución. No es sólo el caso de hombres honestos, con ideas filosóficas diferentes a las nuestras; es también el caso de aquellos intelectuales y artistas que, por vivir fuera del país desde antes de la Revolución, podían haber sido olvidados o preteridos de alguna manera. Ya he citado a dos de ellos. Ahora añado —en este sentido— otro ejemplo: el del entrañable compañero Wifredo Lam. Lam vivía fuera de Cuba desde mucho antes de la Revolución; en esa época consideró que no había en Cuba ambiente para su arte. Nosotros nos acercamos a Lam porque admirábamos su obra. Si tuviéramos una política burocrática en cuanto al arte, artistas de la calidad de Lam no habrían pedido, como pidió él, que sus restos fueran enterrados en Cuba. Porque los restos de Lam se trajeron a Cuba a petición suya; él lo dispuso así.

Si no siguiéramos una política consecuente en el arte, consecuente con el desarrollo de nuestra cultura, un escritor de la talla de Carpentier no hubiera sido diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Y es bueno que se sepa que Carpentier llegó a decir que ese era el honor más alto que había recibido en su vida. En Cuba hubo hombres como Ramiro Guerra, por ejemplo.

No era marxista, pero era un gran historiador, un gran investigador de la historia, y la abordaba con criterio científico. Recuerdo que alguien dijo una vez algo muy elocuente: la Historia de Cuba, desde la perspectiva marxista, no la podía hacer Ramiro Guerra; pero tampoco se podría hacer, desde el punto de vista del marxismo, sin estudiar la obra de Ramiro Guerra.

Hombres como Fernando Ortiz, un investigador de nuestras raíces africanas, autor de libros por los que merece un monumento —y en particular el que dedica a demostrar lo que él llamó «el engaño de las razas», es decir, la falacia de las clasificaciones racistas—, fue una de las figuras cumbres de la Antropología, la Etnología y la investigación sociológica alrededor de la nacionalidad cubana.

Hombres como Emilio Roig de Leuchsenring, un gran intelectual de izquierda. Es notable su contribución al conocimiento de la historia de Cuba y de las raíces históricas de nuestro antimperialismo. La gran burguesía y sus ideólogos en el extranjero no hablan mucho de él, precisamente porque fue un profundo antimperialista vinculado a las ideas más consecuentes de su época. Para la derecha, Emilio Roig carece de valor intelectual. Sin embargo, para nosotros es una figura imprescindible. ¿Se conoce suficientemente en el extranjero esta personalidad? Si no se

conoce, se debe al control monopolista de los medios de promoción y difusión de la cultura y al sistema editorial dominado por los monopolios o que responde a intereses espurios.

Podría hablar también del desarrollo de nuestra plástica, de los problemas que ha habido en relación con el desarrollo de la plástica en Cuba, muy influida por el movimiento internacional de arte moderno. Antes, en Cuba había una pintura más academicista, que a duras penas podría llamarse **cubana**. Pero a partir de los años veinte, nuevos pintores como Víctor Manuel, Carlos Enríquez y Marcelo Pogolotti renuevan nuestra plástica —influidos por las corrientes del arte moderno—, y esa renovación desemboca en un movimiento de pintura que luego se conoció como la Escuela de La Habana, cuyos más notables representantes seguían produciendo al triunfo de la Revolución. Tuvimos una actitud amplia con este movimiento, y lo respaldamos como una de las auténticas raíces del movimiento plástico cubano. Es decir, nosotros hemos respetado y seguiremos respetando todas las conquistas culturales de nuestro pueblo, sin renunciar al principio de buscar lo nuevo, de impulsar lo nuevo, y justamente porque no renunciamos a ese principio.

El arte no se crea fuera del medio social. Un médico cubano puede ser un gran médico en Nueva York. En arte las cosas no son tan

sencillas. El gran arte suele tener una profunda raíz popular y social, se nutre de las vivencias del pueblo, y el que rompe con esas vivencias, el que interrumpe su contacto con esas fuentes, corre el riesgo de esterilizarse o de hacer un arte decorativo. En Cuba, los pocos escritores y artistas con oficio que desertaron no lograron alcanzar la categoría de los que he nombrado. Pero no es esa la imagen que se difunde en el extranjero. Nada de lo que he dicho se publica en los grandes diarios, nada de eso se divulga por los grandes consorcios monopolistas... Eso revela una posición política —como es natural—, y también un deterioro, una decadencia cultural de la alta burguesía, que va descendiendo de las cumbres del siglo pasado —Balzac es el ejemplo inevitable— y de las cumbres de este mismo siglo, a las dudosas «prominencias» de hoy, elevadas por el escándalo publicitario. No es con el escándalo publicitario, ni con las discusiones baladíes, ni con el comadreo, como se edificó y se tejió la cultura de los pueblos de Occidente. La cultura de estos pueblos se tejió con la verdad, con la búsqueda artística y la investigación científica, con la afirmación del espíritu humanista. Ahora no se hace tanto esfuerzo, las reglas del juego son mucho más simples. Los monopolios de la información y de las ediciones han establecido esas reglas, basadas por lo general en el escándalo, en

valores extraliterarios y extrartísticos. Han decidido que la cuestión estriba en discutir los «casos». Buscan dos, tres, cinco «casos» —las fichas necesarias para el juego—, los agitan sobre el tablero internacional, y anuncian que ya se puede discutir. No rehúyo la discusión de esos «casos», pero creo que debemos cambiar las reglas del juego. Si estamos por la cultura, **tenemos** que cambiar las reglas del juego. Por supuesto, yo quiero discutir con los amos, no con los perros; discutir este asunto a fondo, para que se vea cómo la alta burguesía se ha deteriorado, ha decaído en materia cultural. Por lo pronto, ellos quieren ocultar que lo mejor de la intelectualidad de Occidente es progresista, simpatiza con las ideas de izquierda. Pero se abstienen de llamarlos «disidentes». Yo los emplazo a que hagan una lista de los que disienten del sistema capitalista, de los intelectuales y artistas de sus propios países que disienten. Tendrían que armar una verdadera guía telefónica.

¿Cómo ve usted el proceso histórico de la cultura cubana que condiciona el desarrollo del movimiento intelectual?

El hombre que «nos enseñó a pensar», Félix Varela, fue un sacerdote que a principios del siglo XIX se opuso a la escolástica medieval, impuesta por las autoridades colonialistas, tanto civiles como eclesiásticas. Varela se opuso a la escolástica, desarrolló ideas democráticas en la cultura, principios científicos en el análisis de los problemas del país, y planteó la lucha por la independencia nacional desde los inicios del siglo, con un compromiso político coherente. No mencionaré la lista innumerable de patriotas que siguieron esa trayectoria; prefiero detenerme en la figura extraordinaria de José Martí.

No es casualidad histórica, ni un hecho fortuito, el que Martí —la figura política y social más importante del siglo XIX cubano— haya sido también la figura intelectual más importante de su tiempo en Nuestra América. En él se produce la síntesis de un compromiso social y político —expresado en la lucha por la abolición de la esclavitud y la más ab-

solata igualdad de las razas, en la lucha por la independencia nacional y en sus prédicas antimperialistas— y una práctica artística, literaria, de avanzada, pues como se sabe, Martí fue uno de los precursores del modernismo y uno de los grandes maestros de la lengua, tal vez el mejor escritor de habla española de su tiempo. Es decir, su excelsa figura política se conjuga con su gran personalidad intelectual. Esto forma parte de la tradición histórica de nuestro país. En la medida en que los principales talentos intelectuales del siglo pasado se acercaban a la lucha por la independencia y por la abolición de la esclavitud, iban creciendo y haciéndose más influyentes en su creación intelectual y artística; y en la medida en que se alejaban de esa lucha, se empobrecían en su obra creadora. En Martí, por supuesto, la síntesis se produce en un grado más alto; pero los grandes ensayistas, los grandes educadores, los grandes intelectuales del siglo XIX cubano, expresaban, de una u otra forma, un compromiso político en sus posiciones antianexionistas, abolicionistas, independentistas y, más adelante, antimperialistas.

Este es un legado histórico de la cultura nacional. Y ese legado se fue constituyendo en el que nosotros llamamos «siglo de oro de la cultura cubana». Recientemente conversamos con los ministros de Cultura y de

Relaciones Exteriores de España acerca de la conveniencia de que grupos de intelectuales cubanos y españoles hicieran estudios interdisciplinarios sobre el siglo XIX, tanto cubano como español. Porque detrás de las desavenencias y contradicciones de tipo político que supuso la lucha por la independencia de Cuba, hay una identidad profunda entre los movimientos literarios y artísticos, entre los movimientos intelectuales más progresistas de España y el que se desarrolló simultáneamente en Cuba. Nosotros consideramos el compromiso político y social por la liberación humana, que se produjo desde el siglo XIX, como parte de nuestro patrimonio cultural, como una de nuestras tradiciones culturales. Esto no es algo que se expresa en una ley o una disposición administrativa, sino que se inserta en la formación misma de nuestra nacionalidad, que es consustancial a nuestra formación cultural y política.

La guerra de independencia de Cuba llegó hasta el seno mismo de la familia. No hay que olvidar que muchos de nuestros próceres eran hijos de españoles, y las discusiones políticas entre independentistas e «integristas» llegaron hasta el hogar. El propio Martí era hijo de un celador valenciano y de una canaria —de una isleña, como decimos nosotros—, y las discusiones políticas se desarrollaban incluso en su hogar. Pero cuando ya estaba a punto de lograrse la independen-

cia absoluta de la Isla, por la acción del movimiento revolucionario y la extensión de la guerra a todo el país, se produjo la historia trágica de la intromisión norteamericana en nuestra guerra de independencia. Como se sabe, Martí murió al inicio de la contienda, en el primer combate en que participó, pero había previsto esa intromisión, había dicho que los Estados Unidos tratarían de apoderarse de Cuba, de Puerto Rico y las demás Antillas, y que había que evitar «que cayeran, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América», paso previo para arremeter contra el mundo, que ya empezaba a regatearles su poder. Estas son literalmente expresiones de Martí, dichas en 1895, y se podrá comprender por qué los cubanos sentimos tanta admiración por él. Martí dijo cosas que casi eran propias de un profeta; nosotros no utilizamos esa palabra, pero lo cierto es que hizo verdaderas «profecías». En realidad, hizo un análisis científico de la sociedad norteamericana, porque vivió en los Estados Unidos en etapas decisivas de la historia de ese país, y llamó al imperialismo por su nombre. Y subrayó entonces: «Un error en Cuba es un error en la humanidad moderna.»

Todos estos elementos políticos se insertaron en nuestro movimiento cultural. Figuras claves del movimiento literario del país, fundadores a su vez de un ideario político desde

el siglo XIX, ya tenían vocación universal. Y este es un elemento importante para entender la cultura cubana: su vocación de universalidad. Nosotros somos un país históricamente joven, surgido prácticamente hace muy pocos siglos. Los españoles que llegaron a partir del siglo XV a nuestro país pertenecían a las capas más pobres de la población. Vinieron a buscar fortuna y solución a los problemas económicos que no podían resolver en España. Pero sus hijos y sus nietos acabaron convirtiéndose en criollos, en cubanos, y llegaron a dirigir la vida intelectual del país y a tener una enorme influencia ideológica y moral.

Ese desarrollo histórico explica en parte el hecho de que nuestro movimiento independentista, en su aspecto cultural, no estuviera influido por ideas religiosas. En otros países latinoamericanos no ocurrió así, pero en Cuba, el movimiento independentista, desde sus inicios, tenía una fuerte influencia laica. Eso no quiere decir que en Cuba no hubiera sentimientos religiosos. Los había, pero entre los sectores más acomodados de la población —predominantemente católicos—, y sobre todo por la influencia de las primitivas religiones africanas y de su sincretismo con los ritos católicos. Pero no existía la práctica masiva, popular, de una religión determinada en todo el país y en todos los sectores sociales, no había una formación religiosa profunda. Des-

de el principio, desde la colonia, las escuelas cubanas que iban surgiendo eran laicas. Desde luego, también surgieron escuelas religiosas para las capas sociales más altas, pero el movimiento independentista siempre estuvo muy influido por las ideas laicas.

Se instauró la República en 1902 —la República mediatizada, que llamamos nosotros—, frustrada por la intervención norteamericana. Aquel precioso movimiento artístico e intelectual de origen español y africano —que nos vino en parte por la música y el ritmo, porque el africano nos trajo el ritmo y la fuerza de su música, y de España nos llegó en la literatura, en las ideas sociales y políticas, en las corrientes contemporáneas de la cultura...—, aquel poderoso movimiento intelectual que era una síntesis de lo más avanzado del movimiento democrático-burgués de la época, se frustró por la intervención norteamericana. Y lo que había surgido de las inmensas contradicciones entre lo español y lo criollo, entre la colonia y la nación emergente, recibió el impacto negativo de la influencia norteamericana. En las dos primeras décadas de este siglo se produjo un desasosiego muy grande en el movimiento cultural cubano. Los mejores valores del siglo XIX que sobrevivieron a las primeras décadas, vivieron con la amargura, con el dolor de ver cómo la influencia yanqui dete-

nía un desarrollo cultural que podía haber alcanzado metas superiores. No quiere decir que en esas dos décadas no hubiera también creaciones intelectuales y artísticas valiosas, porque las hubo... las hubo en la medida en que defendían con fuerza el legado histórico y cultural de nuestro pueblo.

¿Qué importancia le concede al desarrollo intelectual cubano de la década del veinte?

En los años veinte de este siglo ocurren grandes cambios sociales; en Cuba se produce una verdadera conmoción social. Marinello llamó al período que va de 1920 a 1930 «la década crítica». Ya entonces habían ocurrido en el mundo grandes procesos revolucionarios; habían tenido lugar la Revolución Mexicana de los años 10 y la Revolución de Octubre del 17; empiezan a influir las ideas del marxismo-leninismo en Cuba, en los años 20, y lo mejor del movimiento intelectual también se empieza a incorporar al proceso revolucionario y social. Dos de las figuras más extraordinarias de esta etapa son Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. Sobrevino una conmoción social en el país, influida por la política, por las ideas políticas, pero que se reflejó también en las nuevas corrientes artísticas y literarias.

Es notable la influencia que por aquellos tiempos empezó a ejercer el arte moderno, cuya figura más significativa vendría a ser

justamente Picasso, quien sintetiza también el movimiento político con el movimiento artístico; son los años anteriores a la crisis de 1929, los años de la propia crisis del 29, años de convulsiones sociales, los que ven surgir en Cuba la influencia del leninismo, por una parte, y la influencia del arte moderno, por la otra. Es muy interesante el análisis de la plástica cubana con relación al movimiento de arte moderno, porque antes de recibir y asimilar la influencia de este arte, nosotros, en nuestra plástica, no habíamos encontrado a plenitud lo nacional, lo real cubano. Pero las formas nuevas, atrevidas, audaces del movimiento de arte moderno en la pintura, con todo lo que tenía de eclosión, nos permitió encontrar el colorido, el movimiento, las formas cubanas —ahí tenemos las figuras de Víctor Manuel y de Carlos Enriquez, por ejemplo— y luego el surgimiento de la Escuela de La Habana, con figuras como Amelia Peláez, Mariano, Portocarrero, que ya forman parte de nuestra tradición. Eso nos permitió alcanzar una reafirmación de la identidad a través de un movimiento que era a la vez nacional y contemporáneo. En los años veinte empiezan a formarse y a revelarse también personalidades literarias como Guillén y Carpentier. Y la síntesis de lo político y de lo artístico vuelve a producirse en la figura de Rubén Martínez Villena, gran poeta que se adscribió a las ideas del marxis-

mo-leninismo y se dedicó de lleno a la lucha social y política, renunciando al desarrollo ulterior de su poesía. Ante la mediocridad y corrupción del ambiente neocolonial, frente a intelectuales sin conciencia histórica que se entregaron al imperialismo, Martínez Villena llegó a decir que rompía sus versos para dedicarse a la política. Fue un drama, pero quien tuvo ese gesto, hoy es reconocido como uno de los más grandes intelectuales de esa época crítica de nuestra historia.

Además de la Casa de las Américas —muy conocida en el extranjero—, ¿qué instituciones culturales han sido creadas por la Revolución?

El Centro de Promoción Cultural Alejo Carpentier, por ejemplo —que para satisfacción nuestra dirige la entrañable compañera Lilia Carpentier—, y que se ocupa de promover toda la actividad cultural y crítica alrededor de la obra carpenteriana, y de lo que ella representa en la cultura cubana, caribeña y universal. Creamos también el Centro Cultural Juan Marinello, que desarrolla una actividad similar sobre el pensamiento y las ideas estéticas de Marinello. En Santiago de Cuba, una de las ciudades más caribeñas de nuestro país, se creó la Casa del Caribe, para propiciar las relaciones culturales con el ámbito caribeño, antillano. Fundamos también el Centro de Investigación y Desarrollo de la Música. Nuestro país, con la fuerza que tiene la música cubana, carecía de un centro de este tipo; por cierto, ahí contamos con un grupo de jóvenes investigadores que se han formado en estos últimos años en varios paí-

ses. Recientemente, por Decreto del Consejo de Ministros, se creó el Centro para el Desarrollo e Impulso de las Artes Plásticas Wilfredo Lam, con el fin de promover la actividad cultural y artística alrededor de la plástica de Lam y de su significación en la cultura nacional e internacional. Desde 1977 existe el Centro de Estudios Martianos, encargado de investigar y divulgar la obra de Martí.

Por otra parte, el Ministerio de Cultura no podía dejar de vincularse con el movimiento cultural de la población en su conjunto, que en Cuba opera a través de las organizaciones de masas. Tenemos fuertes organizaciones de masas —los sindicatos, la Federación de Mujeres, los Comités de Defensa de la Revolución—, que funcionan en todo el país, tanto en las áreas urbanas como rurales. Los CDR surgieron como un mecanismo de auto-defensa popular frente a las agresiones imperialistas, frente a los sabotajes y a toda la actividad enemiga, y luego fueron adquiriendo otras funciones de tipo social, como las de apoyo a las tareas de salud pública, de educación, de trabajo cultural. Contamos, además, con otras organizaciones, como la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños. Cada una de ellas tiene su movimiento de aficionados al arte. En la esfera estatal alguien tenía que coordinar todo esto, organizar los recursos que se emplean para toda esa actividad, de manera que creamos un

Consejo Popular de la Cultura, presidido por el Ministerio de Cultura e integrado por las distintas organizaciones de masas.

Quando se creó el Ministerio de Cultura surgieron, simultáneamente, los Órganos Locales del Poder Popular. Ellos tienen numerosas funciones, lo que supone una cierta descentralización de responsabilidades nacionales. Poseen, de acuerdo con la Constitución, una doble subordinación: dependen del Comité Ejecutivo Local del Poder Popular y, al mismo tiempo, de la rama o Ministerio correspondiente. En este último caso, la dependencia obedece a las lógicas necesidades de la planificación central, de las metodologías y normas que el Estado, de manera uniforme, establece para las municipalidades, con el fin de darle coherencia y alcance nacional a la aplicación de la política general del país. Lógicamente, los ministerios, como organismos centrales del Estado, están subordinados al Consejo de Ministros y a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Es decir, las direcciones sectoriales de Cultura de los Órganos Locales del Poder Popular están orientadas por el Ministerio de Cultura, coordinadas por este con el fin de darle a la política cultural del país una proyección nacional; pero administrativa y ejecutivamente, están subordinadas a los Comités Ejecutivos de las Asambleas Provinciales del Poder Popular, electos democrática-

mente por los ciudadanos. Alrededor de los Órganos Locales del Poder Popular hemos hecho un intenso movimiento de masas vinculado a la cultura. Puede decirse que la relación con todos sus aspectos, la coordinación de todos esos factores, constituyen el núcleo, el trabajo básico del Ministerio.

Para nosotros hay dos líneas esenciales en el movimiento cultural. Una es la línea de creación que realizan los talentos individuales. Tal vez pudiera hacerse —y de hecho, se ha intentado— una historia del arte «sin nombres»; pero lo cierto es que la historia del arte es también, en gran medida, la historia de las grandes personalidades artísticas. Nosotros no sólo apreciamos a esas personalidades, sino que, dentro de la vida cultural cubana, mantenemos una estrecha relación con ellas. Junto a ese movimiento —alimentándolo y a veces alimentándose de él— está la creación directa e inmediata del pueblo. Digo «directa e inmediata» porque creo que la creación de los talentos individuales es también una creación del pueblo, a otro nivel. La línea directamente popular se manifiesta en la artesanía, la danza, la música, las distintas expresiones del folclor que hoy, en nuestro país, generan toda una actividad investigativa ligada a los municipios. Alrededor de la vida municipal y de la vida provincial cuajan los movimientos culturales, en

su sentido más amplio. Tenemos grupos especializados de sociólogos e investigadores recorriendo el país para estudiar esas manifestaciones artísticas, esas formas de creación popular, que eventualmente nos permitan hallar nuevas opciones en el campo de la cultura, ligadas orgánicamente a la vida de las comunidades, a sus genuinas tradiciones.

Ahora, volviendo a las relaciones entre el Ministerio y el movimiento artístico y literario, en particular, creo que, en el terreno de la cultura, ese es uno de los problemas claves de nuestra época. Al enfocarlo, nosotros partimos del principio de la más amplia libertad creadora. En medio de una lucha sin tregua contra el imperialismo, que trata de penetrarnos ideológicamente, propiciamos la plena libertad de creación. Ya dijimos que la Constitución de la República garantiza expresamente la libertad de las formas artísticas. Nosotros trabajamos con el propósito de darles un contenido popular, socialista, al arte y a la cultura en general. Uno de los principios enunciados por Fidel en **Palabras a los intelectuales** precisaba: «Con la Revolución, todo; contra la Revolución, nada», y dentro de la Revolución, la más amplia libertad creadora. Cuando decimos: «Contra la Revolución, nada...» hablamos como revolucionarios desde la perspectiva de la más amplia libertad.

Lo cierto es que nunca antes, en nuestra historia, habían existido más posibilidades para la creación artística y mayores libertades que las que existen hoy. Esto lo podemos afirmar categóricamente. Podemos decir más: en ningún país capitalista hay más libertad para la creación que la que existe en Cuba. Y estamos dispuestos a demostrarlo, si se abre el debate.

¿Cree usted que la cultura pueda favorecer el acercamiento entre países que tengan divergencias de tipo político, por ejemplo?

No sólo lo creo: lo sé. De hecho, es lo que está ocurriendo. Efectivamente, hay divergencias políticas y divergencias ideológicas, pero por la vía de la cultura —de la literatura, del arte...— hemos logrado mantener una unidad muy estrecha, por ejemplo, con el movimiento intelectual de América Latina. En 1981 se celebró en La Habana un Encuentro de Intelectuales latinoamericanos y caribeños que demostró, en grado máximo, esa unidad, fundamentada en dos principios: la defensa de la identidad cultural de nuestros respectivos países, y la defensa de la unidad cultural de Nuestra América —de América Latina y el Caribe—, así como la determinación de propiciar un diálogo con los intelectuales norteamericanos.

De ese encuentro surgió un Comité Internacional formado por prestigiosos intelectua-

les y artistas latinoamericanos: Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Ernesto Cardenal, George Lamming, Juan Bosch, Miguel Otero Silva, Pablo González Casanova, Chico Buarque de Hollanda, Roberto Matta, Suzy Castor y Mariano Rodríguez.

La unidad que se refleja en el campo de la cultura prefigura la que algún día deberá reflejarse en la economía y la política. Los grandes cambios sociales y políticos, por lo regular, han ido acompañados por hondas transformaciones en el campo de la cultura. Y lo que no ha podido reflejarse todavía, con esa fuerza y cohesión, en el plano político —aunque **debería** reflejarse en este plano—, ya se ha mostrado abiertamente en el campo cultural, artístico, literario... Precisamente por eso debemos trabajar por la estrecha unidad del movimiento intelectual latinoamericano, preludio o antecedente de nuestra necesaria, de nuestra previsible unidad en el campo político y en todos los campos. Ya lo soñó Bolívar, ya dijo Martí que Nuestra América no era sólo un conjunto de pueblos, sino un solo gran pueblo. La cultura debe desempeñar en este aspecto un papel decisivo, prefigurando esa tarea de cooperación política, social y económica que nuestros pueblos están llamados a cumplir.

¿Qué clase de relaciones y de contactos culturales mantiene Cuba con otros países y con los intelectuales de América Latina?

Yo diría que quisieron aislarnos del mundo en los primeros años de la Revolución, y lo único que lograron fue unirnos más al mundo. En aquellos años desempeñaron un papel muy importante, frente al bloqueo, la Casa de las Américas y la activa solidaridad de los intelectuales y artistas latinoamericanos, que en gran medida se canalizó a través de esa institución. Hay algo que se ha dado en llamar, con una desafortunada expresión, «el boom de la literatura latinoamericana». Valdría la pena analizar el papel que desempeñó la Casa de las Américas —es decir, la proyección cultural de la Revolución en América Latina—, no en el boom, sino en ese renacimiento de la identidad y la creatividad latinoamericanas que se expresó literariamente en el boom.

Lo cierto es que pese a bloqueos y a obstáculos oficiales, mantuvimos relaciones —vínculos estrechos, en realidad— con todo el movimiento intelectual y con las más serias instituciones culturales latinoamericanas.

Nosotros sostenemos el criterio de que un país que se aísla en arte es un país que retrocede en arte. Esa es otra de las razones por la que buscamos contacto cultural con América Latina y el Caribe, e, incluso, con los Estados Unidos. Hemos propiciado siem-

pre la relación cultural con España. Mantenemos estrechos lazos culturales con países como México, Nicaragua y Granada, por ejemplo. Con el resto de América Latina tenemos magníficas relaciones culturales, por encima de las trabas oficiales. Lo mismo puede decirse de los nexos culturales con países de África, con los que tenemos tantas tradiciones comunes, y con los países eurooccidentales, empezando desde luego por España. Y obviamente, tenemos amplísimas relaciones culturales con los países socialistas, muy en particular con la Unión Soviética.

Así es que la Revolución, lejos de encerrarse, se abrió al mundo. Aun con los Estados Unidos, si no hay más relaciones culturales es porque el gobierno norteamericano no lo permite; pero nosotros hacemos todo lo posible por ir a sus universidades, a sus centros artísticos e intelectuales. Durante el gobierno de Carter se abrieron algunas posibilidades de intercambio cultural. Muchos rectores de universidades norteamericanas vinieron a Cuba; se hizo un encuentro musical entre los dos países. Después, con el gobierno de Reagan, esa mínima apertura no pudo desarrollarse; pero nosotros hacemos lo posible por visitar las universidades, los centros de estudios norteamericanos, donde nuestros intelectuales siempre son bien recibidos. Por cierto, hay una gran avidez por la cultura hispánica,

y en general latinoamericana, en los Estados Unidos. Y eso se explica porque la riqueza cultural y la dinámica del movimiento artístico e intelectual de América Latina son realmente extraordinarias.

Repito que la política cultural que hemos seguido desde 1959 es la de relaciones culturales con todo el mundo, partiendo de un principio enunciado por Martí. Que nosotros defendamos la identidad cultural y al mismo tiempo nos abramos al resto del mundo puede verse, en apariencia, como una contradicción entre lo nacional y lo universal; pero aun si lo fuera, se trataría de una contradicción fecunda. Nosotros partimos del principio martiano: «¡Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas!» Pienso que, en el futuro, además de ahondar nuestras relaciones culturales con el resto de América Latina, el Caribe y los países socialistas, podríamos aspirar a que se ampliaran las de España con toda Iberoamérica, porque eso ayudaría notablemente a Cuba en el desarrollo de su propio movimiento intelectual. Desde Varela y Heredia, a principios del siglo pasado, Cuba quiso ser cubana, no española; pero la cultura cubana nunca negó su raíz española, y lo demuestra la obra de Martí. Yo creo que la cultura española y, en general, la cultura de los países de Europa occidental, tendrían que relacionarse todavía mucho más con la

de los países de América Latina y el Caribe. Ambas partes saldrían ganando.

Alguien me preguntó recientemente si existía algún peligro de que se perdiera lo autóctono, la idiosincrasia del cubano. Y yo me pregunto: ¿Por qué? ¿Por nuestras relaciones con el resto del mundo? Ya he dicho cuáles son nuestros principios y cuál nuestra política en este sentido. Yo no creo que vayamos a perder nuestra idiosincrasia por nada del mundo. Al contrario, hemos recuperado plenamente nuestra manera de ser —que por lo demás no es inmutable—, puesto que nos hemos liberado de toda forma de colonialismo. En cuanto a la producción artística, reitero una vez más que, país que se aísla en arte, empobrece su arte, y que por eso queremos relaciones culturales con todo el mundo.

¿Cómo ve a Cuba y sus relaciones culturales en el contexto del Caribe?

Asomarse al Caribe es como asomarse a las fuentes de la historia latinoamericana. Existían grandes culturas precolombinas, sin duda, pero por el Caribe comenzó lo que hoy llamamos América, comenzó la conquista y la colonización de América: Yo diría que ese acontecimiento abrió definitivamente el camino del mundo. Colón encontró el camino del mundo, y lo encontró por el Caribe. Han

pasado cerca de cinco siglos, y el Caribe sigue turbulento, aunque también, afortunadamente, sigue alegre. El Caribe es alegre. Y en ese sentido, Cuba no podría ser más caribeña de lo que es. Nosotros, por ejemplo, hemos hecho una revolución profunda, socialista, una revolución muy seria, ¡muy seria!, y la hemos hecho con alegría. En Cuba somos «fiesteros»; tenemos grandes fiestas populares; no sólo los carnavales de Santiago, donde todo es alegría y entusiasmo popular: hay fiestas en todas las localidades del país, y todas tienen un genuino espíritu caribeño. El Ministerio de Cultura ha impulsado esa tradición en las comunidades, en las municipalidades, ha apoyado las fiestas tradicionales y las nuevas a todo lo largo del país.

Cada año celebramos un Festival de Música Internacional en Varadero, playa universalmente famosa, e invitamos a todo el mundo, sin excepción. Organizamos también un Festival Internacional de Ballet, al que invitamos igualmente a todo el mundo, y un Festival Anual de Nuevo Cine Latinoamericano, que tiene gran importancia, y al que asisten trescientos o cuatrocientos cineastas, críticos y especialistas de cine de toda América Latina. Asimismo, celebramos cada dos años el Festival de Teatro de La Habana, la Feria Internacional del Libro y el Festival Internacional de Guitarra.

En el extranjero, algunas personas —que por supuesto no simpatizan con nuestra causa— se atreven a decir que en Cuba el socialismo ha sido algo regimentado, una cosa aburrida. Eso sólo lo puede creer el que no haya estado nunca en Cuba o no conozca a alguien que en estos veintitantos años haya estado en Cuba. Los invito a comprobarlo directamente. Ojalá todos pudieran hacerlo, visitar a Cuba, y ojalá que lleguen en época de fiestas. En cualquier caso, siempre habrá fiestas en alguna parte, y estoy seguro de que el visitante hallará en ellas un espíritu muy cubano, muy caribeño. . . . En realidad yo creo que la Revolución es una gran fiesta de los pueblos. Y si es una revolución genuina, no va a perder jamás su carácter festivo: su alegría, su entusiasmo, el espíritu colectivo de las fiestas populares. Eso nos consta, porque lo hemos visto en nuestro pueblo.

A esos festivales, ¿se invita también a los norteamericanos?

Claro que sí. A todos asisten norteamericanos, como participantes y como espectadores. Yo mismo, hace poco, me reuní en México con un grupo de intelectuales norteamericanos. Quiero insistir sobre esto: los intelectuales latinoamericanos desean establecer un diálogo con los intelectuales norteamericanos. Y nosotros, los cubanos, no sólo queremos participar en ese diálogo, sino que bus-

camos el diálogo directo cada vez que es posible, como ya dije antes.

Nosotros estamos abiertos al mundo, no sólo a una parte de él. Siempre hemos tenido una proyección internacional, y quién sabe si en ella haya algo de la gran tradición hispánica. Nuestros amigos, hoy, están en todos los continentes. Y no hay duda de que después de las Malvinas —un acontecimiento sumamente importante— se ha creado una cohesión mayor entre nuestros países, entre los países latinoamericanos.

El caso de las Malvinas es revelador. Estados Unidos había fabricado el llamado Tratado de Río, con el supuesto propósito de impedir que «potencias extracontinentales» se inmiscuyeran en los asuntos internos de América Latina. Habían resucitado el cadáver de la Doctrina Monroe, pero ya no pensando en las «potencias europeas», sino concretamente en la Unión Soviética. Y ocurrió que la potencia extracontinental que invadió América Latina fue una aliada de los Estados Unidos, y entonces los Estados Unidos apoyaron desvergonzadamente la agresión de su aliada extracontinental. La reacción era previsible: los países latinoamericanos cerraron filas en torno a las reivindicaciones argentinas, por encima de sus diferencias políticas. Nosotros mismos teníamos profundas discrepancias con el gobierno de Argentina,

pero eso no nos impidió apoyar su derecho a la recuperación de las Malvinas, que es un viejo reclamo de esa nación.

Nosotros —que durante siglos hemos sido un cruce de caminos y culturas— tenemos vocación de universalidad. Alguien dijo con razón que sólo se llegaba al universo a través del terruño. Eso es lo que tratamos de hacer: ir de lo nuestro nacional hacia lo nuestro latinoamericano y caribeño y, finalmente, hacia lo nuestro universal. Además, nuestra ideología es, por definición, internacionalista. No se concibe un marxista que piense que el mundo termina en su aldea, o en su país, o en su continente. Muy al contrario, las ideas universales del marxismo-leninismo y la experiencia histórica de la construcción del socialismo en otros países, nos han confirmado que es posible conciliar lo nuestro nacional y lo nuestro universal. Nuestro patriotismo no está en contradicción con nuestro internacionalismo. Y creo que sólo así se pueden enfrentar los problemas de la política y de la cultura en el mundo de hoy.

A su juicio, ¿qué papel deben desempeñar los intelectuales en la crítica situación que vive actualmente la América Central?

Pienso que las fuerzas progresistas, los intelectuales progresistas de Europa occidental, pueden ayudar mucho creando movimientos

de opinión alrededor de esta cuestión vital. Y convendría tener en cuenta que Europa occidental, y dentro de ésta Francia, en beneficio de sus propios intereses nacionales, tiene que relacionarse con el llamado Tercer Mundo, tiene que vincularse con el Tercer Mundo. Incluso un enriquecimiento, una renovación de su cultura presupone esos vínculos. Pero aquí no estamos tanto en el terreno de la cultura como en el de la vida misma, en el dramático terreno de Centroamérica y de los países subdesarrollados que están sufriendo agresiones. Hay ahí un caso concreto, una manera práctica de vincularse con los problemas del mundo subdesarrollado, y los intelectuales europeos deberían establecer ese vínculo. Porque Europa no puede vivir encerrada en sus propios problemas. A veces, como latinoamericanos, tenemos la impresión de que algunos países de Europa occidental viven inmersos en sus asuntos, sin conocer en su verdadera dimensión los problemas mundiales, la gran problemática del mundo moderno —en la que Centroamérica ocupa un lugar importante—, que eventualmente afectará de una manera u otra a Europa occidental. Es necesario volver a plantearse la cuestión como antes, como en las grandes movilizaciones populares y los actos de solidaridad que se vieron durante la guerra de Vietnam, o la guerra de Argelia, o cuando se produjo la liberación de muchos

pueblos de África y de América Latina. Todavía recordamos —y nunca podremos olvidar— la gran corriente de simpatía y solidaridad que nos llegó de Europa en los momentos más difíciles de la Revolución Cubana. Y hemos visto que esa corriente se mantiene, en gran medida, pese a que la ultraderecha, lo más reaccionario de Europa occidental, ha estado tratando por todos los medios de desacreditar a la Revolución Cubana y de minar la confianza en las ideas progresistas y en la necesidad de una relación más estrecha con el Tercer Mundo y sus problemas.

Hay que oponerse a esos promotores del desaliento y la inmoralidad. Hay que pensar cómo podría desarrollarse en Europa occidental un movimiento como el que se gestó durante la guerra de Vietnam. En las condiciones de Francia, España, de Europa en general, y con la influencia que esta —pese a todo— tiene en el mundo, podría desplegarse alrededor de Nicaragua, El Salvador y Guatemala una movilización tan grande, tan fuerte, como la que se organizó en favor de Vietnam. Esto sería importantísimo para ambas partes.

Debe tenerse en cuenta que en Europa han surgido grandes movimientos por la paz, ha habido inmensas concentraciones en favor de la paz, que revelan una conciencia, una gran lucidez sobre la situación del mundo actual. Porque el dilema de la guerra o la

paz se ha convertido en el problema central de nuestra época. Y aquí lo más importante es que se movilice la opinión pública mundial contra la carrera armamentista, que se exija la búsqueda de soluciones negociadas a las grandes controversias internacionales. Es un movimiento de opinión pública universal que puede llegar también a los Estados Unidos, y que de hecho existe en los Estados Unidos. El mundo entero debe movilizarse para que esa demanda universal llegue a los círculos dirigentes de los Estados Unidos y contribuya a paralizar la mano de los guerreristas. Es, repito, un problema de vida o muerte. A fines del primer milenio de nuestra era, el hombre habló del fin del mundo basándose en creencias religiosas; a fines del segundo milenio, ya no se trata de prejuicios ni de temores irracionales, sino de una posibilidad objetiva, derivada de la carrera armamentista. ¿Estará la humanidad preparada para enfrentar el desafío de su propia supervivencia? Esto es lo que no pueden dejar de preguntarse los hombres y mujeres conscientes de todo el mundo, empezando por los intelectuales.

¿Cuál es su concepto de la libertad?

Por lo pronto, un concepto distinto al que tienen nuestros enemigos. Nosotros aspiramos al máximo de libertades. A veces hemos tenido que adoptar medidas duras, como consecuencia del acoso, de la guerra a que hemos estado sometidos por el imperialismo. Y nosotros hemos peleado y peleamos esa guerra contra el imperialismo. Esto quiere decir que vivimos en un estado de tensión permanente, luchando por sobrevivir como pueblo en revolución contra un enemigo implacable y poderosísimo. En estas condiciones, hablar de «libertad» en abstracto no tendría ningún sentido. Por otra parte, creo que la libertad no consiste sólo en ir a votar; los diez u once millones de desempleados que hay actualmente en los Estados Unidos son electores —aunque la mayoría no vota, como demuestran las estadísticas—, pero no creo que se consideren realmente libres, porque un hombre sin trabajo —si no es un ermitaño—, difícilmente puede considerarse un hombre libre.

En Cuba no hay desempleados. Creo que eso es una garantía de libertad, y todos la disfrutan. Pienso que los millones de personas que han tenido acceso a la educación en Cuba han ejercido un derecho que antes no tenían. Eso también es libertad, es también un derecho humano inalienable. Me parece que los millones de personas que cuentan con asistencia médica gratuita ejercen y disfrutan de un derecho también, y eso los hace más libres. Martí decía que, para ser libre, había que ser culto, y en Cuba se publican ahora cincuenta millones de libros cada año, un per cápita de más de cinco libros. Ya dije antes que en 1958 había quince o dieciséis mil estudiantes universitarios, y que hoy hay doscientos mil. A mi juicio, esa es también una libertad compartida, y eso —la educación, la cultura— es parte inseparable de los derechos humanos.

En los últimos seis meses he tenido frecuentes reuniones con artistas e intelectuales de los distintos campos —teatro, cine, música...—, numerosos encuentros en los que ellos exponen libremente sus opiniones, sus problemas, y yo tengo que contestarles. Eso lo hago constantemente, como hábito de gobierno. Me plantean problemas teóricos, metodológicos, organizativos, o casos muy concretos, como por ejemplo, el escritor que pide que se aumente la tirada de sus libros... ,

bueno, todos los escritores aspiran a ver aumentada la tirada de sus libros, como es natural. Converso, discuto con los intelectuales, con los artistas, con los estudiantes universitarios... Y no sólo en el Ministerio de Cultura; los responsables del Ministerio de la Industria Azucarera, por ejemplo, tienen que hacer lo mismo con los trabajadores de su ramo.

Yo fui secretario del Partido en la antigua provincia de Oriente —un amplio territorio que posteriormente se dividió en cinco provincias...—, e iba a los centrales azucareros, me reunía con los obreros, escuchaba sus inquietudes, sus argumentos, discutíamos, buscábamos juntos explicaciones, soluciones... Esta es una práctica diaria en Cuba. Es una práctica que nos enseñó Fidel, que visita constantemente los lugares y habla con la gente. Estamos muy lejos de tener una actitud triunfalista, de creer que todo lo hemos resuelto. Tenemos grandes problemas aún, y por supuesto surgen otros nuevos, dificultades que hay que enfrentar. Unas, originadas por el bloqueo y la fluctuación de los precios del azúcar; otras, derivadas de nuestra deuda externa, y otras debidas a nuestras insuficiencias y debilidades administrativas. Pero en medio de esas dificultades —y pese a ser un país en constante peligro de agresión—, lo cierto es que para la

inmensa mayoría del pueblo, nunca ha habido en Cuba más libertad que la que se disfruta hoy.

¿Es posible la democracia con un solo Partido?

Es una pregunta interesante, pero que no puede responderse sin conocer la naturaleza y el funcionamiento de nuestro sistema. En Cuba hay un solo Partido; eso no significa que en el socialismo ocurra invariablemente lo mismo; hay países socialistas que tienen varios partidos. En nuestro caso, la existencia de un solo Partido se debe a razones históricas. Si se estudian las fuerzas en que se apoyó la Revolución y las que se agrupaban en los partidos burgueses antes del triunfo revolucionario, se verá, por ejemplo, que en Cuba no existía un partido socialista como los que existen en Europa; nunca existió en Cuba un partido socialista de ese tipo. Mejor dicho, a principios de siglo se fundó un partido socialista, pero poco después dejó de existir. Más tarde se creó el Partido Comunista, con formación marxista-leninista, que se mantuvo vigente, con uno u otro nombre, hasta después del triunfo de la Revolución. Luego sus fuerzas se fundieron con las del Movimiento 26 de Julio y las del Directorio Revolucionario, que habían combatido contra la tiranía batistiana. Los partidos que existían en Cuba antes de la Revolución —excepto

el comunista, por supuesto— estaban vinculados a la burguesía o comprometidos de alguna manera con ella; salieron muy desprestigiados de la lucha contra la tiranía. Uno solo tenía un profundo carácter popular y agrupaba en su seno fuerzas progresistas, pero su dirigencia no respondía a las aspiraciones de la base. Posteriormente, en los años iniciales de la victoria, el Movimiento 26 de Julio, el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario tomaron la dirección del proceso, y los más honestos militantes de los partidos democrático-burgueses se integraron a él. Los enemigos del proceso se ubicaron en la contrarrevolución o se fueron del país. Esas tres organizaciones —el Directorio Revolucionario, que era de origen estudiantil; el Partido Socialista Popular, que era el partido marxista-leninista que existía en Cuba desde 1925, y el Movimiento 26 de Julio— se unieron en torno a la ideología marxista-leninista, bajo la dirección de Fidel, y se fundieron en un solo Partido. Si fuera obligatorio tener una pluralidad de partidos, habríamos tenido que inventarlos, porque históricamente no existían con una base social amplia. La esencia del problema está en que la inmensa mayoría de los afiliados a los antiguos partidos de influencia burguesa —me refiero a los miembros de base, no a la dirigencia— se radicalizaron en el proceso de la lucha armada, se unieron a Fidel y se integraron a la

Revolución y al nuevo Partido Comunista, formando así un bloque unitario en la lucha contra el imperialismo. Esa unidad era, por demás, una necesidad del propio combate; sin ella no había posibilidad de triunfo.

En Cuba se celebran elecciones cada cinco años. Voy a explicar el proceso que se sigue en ellas. Los ciudadanos se reúnen en la cuadra, en la manzana donde residen, convocados por las organizaciones de masas. Allí —sin orientaciones directas del Partido ni de nadie, libre y espontáneamente— proponen candidatos a delegados al municipio. Después se forma una comisión integrada por todas las organizaciones de masas, y entre los candidatos nominados en las cuadras quedan propuestos algunos para la Asamblea, es decir, se hace un listado de proposiciones para la Asamblea Municipal. En realidad, se propone un veinticinco por ciento más de candidatos que los que serán elegidos definitivamente; si van a elegirse diez, se proponen de trece a quince candidatos. No tendremos diversidad de partidos, pero tenemos diversidad de candidatos. Una vez elegidos, los delegados municipales forman una comisión dentro de la propia Asamblea Municipal, y esa comisión sigue el mismo procedimiento que la anterior; entre los candidatos nominados propone a algunos para diputados a la Asamblea Nacional —un vein-

ticinco por ciento más de los que deben ser elegidos—, y entonces se procede a la elección. Yo, por ejemplo, soy diputado por Santiago de Cuba. He tenido que aparecer en un listado con otros veintitrés o veinticuatro candidatos y ser uno de los diecisiete o dieciocho elegidos mediante voto secreto. Este es el proceso institucional; algo semejante ocurre en la organización del Partido. El que he descrito es uno de los mecanismos electorales de la democracia socialista, que considero la forma más alta de democracia.

Pero también existen en nuestra sociedad otras muchas organizaciones —los sindicatos, los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres, las federaciones estudiantiles de la enseñanza media y de la universitaria—, que siguen procedimientos similares y que eligen sus respectivos delegados a cada Congreso —congresos que se celebran cada cinco años—, con todas las reglas de la democracia y todos los mecanismos reconocidos históricamente como democráticos, incluido el voto secreto.

De hecho, algunos de nosotros pasamos un doble proceso, el partidario y el estatal; para ser candidatos y ser elegidos a las instancias superiores del Partido y el Estado debemos pasar, en uno y otro caso, por ese proceso.

Por otra parte, en las fábricas y en todos los centros de trabajo se celebran periódicamente

camente asambleas de producción donde los trabajadores analizan y discuten, sin ninguna limitación, sus planes y problemas internos. Eso es democracia también.

Los enemigos dicen que al pueblo cubano no se le brinda información sobre lo que pasa en el resto del mundo. Usted, por su parte, ha expresado que la prensa de la alta burguesía no refleja lo que está ocurriendo en los países socialistas. ¿Podría abundar sobre el tema?

Gran parte de la polémica sobre el flujo de la información se desarrolla alrededor de ese tema, precisamente. Y nos concierne de modo directo, porque ese es un aspecto esencial de la cultura en el mundo moderno.

Yo opino que la prensa cubana no sólo ofrece una amplísima información de carácter internacional, sino que además incluye noticias que no suelen darse en la prensa de otros países del mundo. Hay muchos acontecimientos importantes de los que no se dice nada —o de los que se da una visión tergiversada— en gran parte de la prensa burguesa. Podría poner algunos ejemplos relativos a Cuba y a América Latina en general; a veces no se publican en ninguna parte, fuera de nuestro país. No es extraño que muchos extranjeros se quejen de no saber lo que está ocurriendo realmente en Cuba. De hecho, no lo saben. La prensa que leen no se lo dice,

en el mejor de los casos; en el peor, les dice lo contrario de lo que realmente ocurre.

¿Se sabe en el extranjero que en Cuba el sesenta por ciento del corte de caña está mecanizado y que este era un trabajo esclavo antes de la Revolución? Debía saberse; es algo que puede interesar a millones de personas en el mundo. ¿O es que se da por descontado que la mayoría de esas personas no leen ni escuchan noticias? ¿Se sabe en el extranjero que Cuba —un país donde antes de la Revolución apenas se editaba un millón de libros— se publican ahora unos cincuenta millones de ejemplares anuales, que los textos se reparten gratuitamente en las escuelas y que los demás se venden tan baratos que probablemente sean los libros más baratos del mundo? Eso es algo que puede interesar a millones de padres, maestros, estudiantes y lectores en innumerables países. ¿Ha informado la prensa burguesa sobre el número de nuevas fábricas que existen en Cuba y sobre el colosal esfuerzo que ha hecho el país por el desarrollo económico, cultural y social en medio de un bloqueo económico sin precedentes en la historia de América Latina? ¿Se ha hablado con suficiente amplitud del vasto desarrollo de la educación y la salud pública en Cuba? ¿Informa la prensa burguesa sobre el hecho de que en Cuba no hay drogadictos ni prostitución, ese fenómeno deleznable de la vieja sociedad? ¿Qué información se da

sobre el ejercicio de la democracia y el funcionamiento de los sistemas electorales en nuestro país? Nosotros podemos demostrar, en un debate abierto, que el nuestro es un sistema más democrático que el de los países capitalistas. Pero, ¿es posible llevar a cabo ese debate, abiertamente, en la prensa burguesa? ¿Los medios de difusión controlados por los monopolios se atreverían a debatir qué sistema es más democrático realmente, analizando cómo funcionan la llamada democracia representativa y la democracia socialista, cómo se elige a los dirigentes del Estado y del Partido en Cuba? A ver si entonces se atreverían a negar el carácter democrático de nuestro sistema.

Para los cubanos, estos son hechos. Pero veamos otros más. La UNESCO viene realizando estudios muy cuidadosos sobre el control monopolista que ejercen las transnacionales de la información y la noticia. ¿Cuántos editoriales y artículos se han publicado en la prensa burguesa sobre las conclusiones a que llegaron los especialistas de la UNESCO? Ya antes me referí a la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales, auspiciada por la UNESCO, que se celebró el año pasado en México. En ella, las posiciones más consecuentes encontraron el apoyo de la mayoría. Fueron muy aplaudidos los puntos de vista que sostuvo allí Jack Lang, el Ministro de Cultura francés. Y yo me pregunto: ¿se des-

tacó o se dijo siquiera en la prensa burguesa que la inmensa mayoría de los delegados a la conferencia apoyaron decididamente las posiciones de los países subdesarrollados? ¿Se analizó este fenómeno de forma objetiva y justa en la prensa de derecha? No. Se hizo tergiversando los hechos y tratando de desviar la atención hacia aspectos secundarios del evento. No se dijo que los norteamericanos salieron derrotados en aquella reunión. Las posiciones de los países subdesarrollados obtuvieron un respaldo abrumador. Muchos países progresistas —Francia, Suecia, los países socialistas— contribuyeron a que se aprobaran por inmensa mayoría las propuestas de los países del Tercer Mundo. Sería interesante —y revelador— hojear un dossier que recogiera toda la información que dio sobre ese acontecimiento la prensa burguesa. ¿O quizás toda la información no alcance siquiera para armar un dossier?

Algo similar podría decirse de la reunión que un grupo de intelectuales latinoamericanos y estadounidenses sostuvieron el año pasado en México, presidida por López Portillo... ¿Qué publicidad se le dio a eso? No hace mucho tiempo unos dos mil escritores reunidos en Nueva York se manifestaron contra la política de Reagan y expresaron su interés de dialogar con los intelectuales latinoamericanos. Es un hecho infrecuente, un verdadero acontecimiento en el campo cul-

tural y político, que merecería ser considerado «noticia» por las agencias de prensa. ¿Qué divulgación recibió por parte de ellas?

A muchos intelectuales latinoamericanos y de otras partes del mundo —pienso ahora en García Márquez, Cortázar, Benedetti...— les impiden o han tratado de impedirles la entrada a los Estados Unidos. ¿Se puede hablar de libertad cuando se les cierran las puertas o se entorpece la entrada de tan prestigiosos intelectuales, privando al mismo tiempo a los intelectuales y al pueblo norteamericano del diálogo directo con escritores representativos de nuestra cultura? ¿Qué dice sobre esto la gran prensa burguesa? ¿No es algo suficientemente escandaloso como para divulgarlo con grandes cintillos?

¿Y qué diremos de la conspiración de silencio que existe sobre el desarrollo cultural de los países socialistas, Cuba incluida? La alta burguesía de Europa occidental demuestra una superficialidad y un dogmatismo impresionantes al encarar este fenómeno. En el mejor de los casos, sigue la táctica del avestruz. Se puede ser o no comunista, poner o no reparos a la política comunista y criticar nuestros errores, pero hay algo que resulta irracional y toma caracteres de histerismo publicitario. Hay quienes niegan dogmáticamente la evidencia en todo lo que se refiere al proceso de construcción socialista. Regiones enteras del mundo que hoy son socialis-

tas salieron en pocas décadas de la pobreza y el analfabetismo, e incluso de la ausencia de lenguaje escrito, para alcanzar el dominio de la ciencia, la técnica y la cultura contemporáneas. Yo he visitado numerosos países socialistas y muchas de sus regiones, sobre todo en la Unión Soviética. El movimiento artístico e intelectual que se desarrolla allí, basado en la cultura de las propias nacionalidades, es un acontecimiento histórico que no se puede ocultar, como no se puede tapar el Sol con un dedo. No vamos a pedir a los enemigos que sean clementes con nuestros errores; los verdaderos comunistas tampoco debemos ser clementes con nuestros errores. Lo que exigimos es que tomen en cuenta el hecho histórico indiscutible de que en menos de setenta años de construcción del socialismo se ha producido en varios países y varias nacionalidades el mayor salto cultural que recuerda la humanidad en muchos siglos. En ninguna época de la historia ha tenido lugar un avance tan extraordinario en un período tan breve, como el logrado por la Unión Soviética en los campos cultural, científico y técnico. Esto es un hecho. Quienes lo pasen por alto, estarán pasando por alto lo ocurrido en la sexta parte del mundo. Los dogmáticos de derecha pueden negar o desvirtuar este hecho. A menudo la histeria anticomunista y el dogmatismo de ciertos sectores sociales de Europa occidental —y del imperialismo

norteamericano, por supuesto— no son más que un síntoma de impotencia, es decir, de incapacidad para abordar los problemas culturales del mundo de hoy. No negamos nuestros errores, debilidades y deficiencias; tampoco negamos que haya un fuerte movimiento popular dentro de las culturas de numerosos países capitalistas; por el contrario, lo afirmamos con alegría, sabiendo como sabemos que el mismo se inclina de una forma o de otra hacia la izquierda. Pero no aceptamos que se niegue el salto cualitativo que ha tenido lugar en la cultura de los países socialistas; cualesquiera que sean los criterios sobre tal o cual situación particular, sobre tal o cual error concreto, ese es sin duda uno de los acontecimientos culturales más grandes de la historia de la humanidad. La amplia red de bibliotecas y de sistemas de casas de cultura, el incremento del número de lectores, la ampliación de los sistemas editoriales, la educación estética promovida por las uniones de pioneros y los sistemas de enseñanza, el esfuerzo que realizan las organizaciones sociales y obreras en favor de la cultura, todo eso, que es parte de la vida cotidiana de los países socialistas, se oculta, se minimiza o se deforma en la gran prensa burguesa. Y sin embargo, forma parte inseparable de la historia de la cultura en el siglo xx. La gran prensa burguesa se permite el lujo de igno-

rarlo, y de desinformar y manipular a sus lectores con el escándalo, la difamación y muchas veces la pura calumnia. Tal vez llegue el día en que esos mismos lectores le pasen la cuenta.

Lo que nosotros planteamos sobre el problema de la información y la promoción cultural es la necesidad de que los comunistas pasemos a una contraofensiva, denunciando abiertamente a la gran prensa burguesa como dogmática, manipuladora y ajena a las realidades culturales y sociales de nuestra época.

Recientemente hemos conmemorado el centenario de la muerte de Marx. Se habla de un «modelo único». ¿Qué opina usted sobre eso?

La respuesta podría ser muy amplia, pero trataré de resumir mi opinión sobre el tema. Lo primero que debo decir es que la expresión «modelo único» tiene una evidente connotación antimarxista y antileninista. Voy a poner un ejemplo histórico. Lenin fue el más aventajado discípulo de Marx, y aplicó un modelo que Marx no desarrolló, porque Marx concibió el proceso de la revolución socialista, fundamentalmente, en los países desarrollados: Inglaterra, Alemania y Francia, sobre todo. Lo concibió para los países desarrollados, con una concepción teórica adecuada a los países desarrollados. Después el

capitalismo pasó a su fase imperialista. Lenin aplicó el marxismo a la sociedad rusa de su época, que era distinta a la que tan profundamente había analizado Marx. Si Lenin se hubiera acogido dogmáticamente a los textos de Marx, no habría sido marxista. Lenin fue marxista porque buscó el sentido, la esencia de los planteamientos de Marx.

En Marx y en Lenin cabría analizar dos aspectos. Uno es la concepción teórica y científica, que llevó a Lenin a definir el marxismo como una guía para la acción. Ya esa definición es por sí sola una expresión anti-dogmática. La acción implica alternativas, diversidad de variantes, diversidad de facetas. Nadie, por ejemplo, podía imaginarse que en las condiciones de Cuba hubiera una acción —en este caso, la lucha armada— que condujera al socialismo en la forma en que se produjo.

A propósito del centenario de la muerte de Marx, no procede hacerse preguntas antimarxistas. Yo preguntaría más bien otra cosa. Dijo Engels en el entierro de Marx, en una pieza oratoria conmovedora, que el nombre de Marx perduraría a través de los siglos. ¿Qué figura filosófica, teórica y política del siglo XIX tiene, a la vuelta de estos cien años, una fuerza política mayor que la que tiene Carlos Marx, o la que tiene Lenin, que también nació en el siglo XIX? Hay que analizar ese fenómeno. No existe ninguna otra figura

européa, ni de pensamiento ni de acción, que tenga una vigencia tan grande, una actualidad tan profunda como la de Marx o la de Lenin.

Hoy Marx sigue vivo y actuante en todas partes del planeta, y Lenin lo mismo. Han contribuido a cambiar el curso de la historia y la fisonomía política y social del mundo moderno. Hoy, un hombre medianamente culto puede ser marxista o antimarxista, pero no puede desconocer a Marx. El señor Reagan dijo hace poco que había que acabar con la revolución leninista, pero lo cierto es que, a la vuelta de un siglo, la figura de Marx y la fuerza del marxismo siguen creciendo..., y seguirán creciendo cuando ya muy pocos recuerden quién era ese señor llamado Reagan.

Lo que sucede es lo siguiente: estos son tiempos nuevos, y hay que hacer cambios y ajustes. Los fenómenos que se presentaron en la época de Lenin no se presentan hoy, o no se presentan de la misma manera. Es necesario, por tanto, ajustar y cambiar. Pero tenemos esta convicción: para que esos ajustes y cambios sean realmente nuevos, deben apoyarse en las ideas esenciales de Marx. El que aspire a lo nuevo haría bien en preguntarse cuáles son esas ideas esenciales, haría bien en estudiar teóricamente el problema, en dilucidar qué es lo fundamental en los planteamientos, no sólo de Marx, sino también de Lenin. Para nosotros,

los cubanos, el marxismo-leninismo es sinónimo de antidogmatismo. Hay que tener en cuenta que el marxismo nació como una ciencia, y la ciencia es, por definición, antidogmática. El marxismo es la ciencia de la sociedad. Y ningún científico social se atrevería a comprimir las sociedades en un solo «modelo». Ninguna revolución ha sido igual que la anterior ni ha respondido a esquemas predeterminados. La revolución rusa fue de una manera, la china de otra, la vietnamita de otra, la cubana de otra. Cada una tiene sus rasgos característicos, sus variantes; las alternativas siempre van a ser múltiples, y la revolución siempre va a presentar una diversidad de variantes. Pero hay algo que permanece invariable: el carácter científico del marxismo, su condición de verdadera ciencia social y su capacidad de servir de guía para la acción. Eso sigue vigente a un siglo de la muerte de Marx. De hecho, sus ideas siguen siendo la fuerza política y filosófica más importante del mundo actual. Los imperialistas se preguntan desconcertados, o simplemente mal informados: «¿Cómo es que tantas personas en el mundo están haciéndose preguntas y encontrando respuestas en torno a un economista y filósofo del siglo XIX, que nació en 1818 y murió en 1883? ¿Por qué en todo el mundo ocurre eso?» Yo creo que sólo hay una respuesta: por la vigencia de sus ideas. ¿Que en nombre de esas ideas se han come-

tido equivocaciones, errores? Ciertamente. ¿Que hay variantes no previstas por la teoría? ¡Por supuesto! Pero las verdades descubiertas por Marx le abrieron al mundo un camino para la solución de muchos de sus problemas.

No hay modelos únicos. Cada vez se presentarán nuevas variantes. Pero lo que no debe olvidarse es que lo esencial de las teorías marxista y leninista —lo que nos autoriza a llamarlas una ciencia de la sociedad y una filosofía del hombre y de la historia— sigue manteniendo su vigencia. ¿Qué otra filosofía social y política permanece viva, bajo el nombre de su autor, con la misma fuerza que hoy tiene el marxismo? Engels no se equivocó cuando dijo, hace cien años, que el nombre de Marx, y con él su obra, perdurarían a través de los siglos.

¿Cómo son las relaciones entre el Estado cubano y la Iglesia? Los enemigos de la Revolución dicen que se ha sustituido a Dios por Marx.

Nuestra Constitución reconoce la libertad de cultos, y nosotros respetamos a todos los creyentes, sean o no cristianos. Nuestras relaciones con el Vaticano son normales. Durante muchos años —hasta su muerte—, el decano del cuerpo diplomático en el Vaticano fue precisamente nuestro embajador.

Ya al hablar del desarrollo del movimiento intelectual cubano en el siglo pasado, me

referí a una característica de nuestra idiosincrasia, a un fenómeno sociológico que tiene profundas raíces en nuestra historia, tal vez porque hasta finales del siglo pasado estuvimos bajo el dominio colonial; lo que Merchán —un ensayista cubano del siglo XIX, radicado en Colombia— llamó «nuestra indiferencia religiosa». Merchán la consideraba una gran ventaja para la liberación del pueblo cubano, entre otras cosas porque la Iglesia, como es lógico, estaba indisolublemente unida al régimen colonial. El clero era español, y su ideología política era «integrista», es decir, anticubana, reaccionaria.

Eso ayuda a explicar las razones por las cuales la Iglesia católica, y la religión católica, nunca fueron en Cuba —como en otras partes de América Latina— fenómenos ligados de una forma u otra a la cultura popular. Ninguno de nuestros grandes patriotas, de los fundadores de la nación —ni Céspedes, ni Agramonte, ni Martí, ni Maceo, ni Máximo Gómez...— fueron católicos; eran masones, librepensadores, deístas, ateos, no creyentes. Ya en este siglo, otros factores contribuyeron a consolidar ese rasgo de nuestra idiosincrasia: los vínculos de la Iglesia con las clases más acomodadas, su carácter casi exclusivamente urbano, la penetración protestante —debido sobre todo a la influencia de los Estados Unidos—, la supervivencia de los ritos

afrocubanos... El catolicismo, en suma, era en Cuba tan débil, tenía tan poco arraigo popular, que al triunfo de la Revolución —cuando una parte del clero, español en su mayoría, asumió actitudes francamente contrarrevolucionarias—, pudimos haber nacionalizado las iglesias para convertirlas en museos, y no se hubiera creado ningún problema interno de importancia. Pero la Revolución sí es un fenómeno masivo, popular, y en el pueblo hay católicos y no católicos, creyentes y ateos, y eso no determina la filiación revolucionaria. Hay creyentes revolucionarios y ateos contrarrevolucionarios; no es eso lo que determina la posición política de cada cual. Por otra parte, en América Latina y en el resto del mundo sí hay fuertes corrientes religiosas con una proyección humanista, de las que nosotros no queríamos aislarnos, ni teníamos razones para hacerlo. Queríamos que nos respetaran, como nosotros las respetábamos a ellas. Y sobre esos fundamentos, dentro del más estricto respeto a las creencias religiosas, y por nuestro deseo de mantener un vínculo con todos los creyentes —cristianos o no—, hicimos todo lo posible por desarrollar buenas relaciones con la Iglesia católica, y ella con nosotros, de manera que esas relaciones son normales. Más de una vez Fidel ha afirmado que nuestra alianza con los cristianos es de principios y no coyuntural, estratégica y no táctica.

En cuanto a que nosotros identifiquemos a Marx con Dios, tengo que dar una respuesta, desde el punto de vista partidista. Nosotros no podemos identificar a Marx con Dios porque nosotros somos ateos y, en cambio, nos consta que Marx existió. Además, no divinizamos a nadie; admiramos a Marx, a Lenin, como hombres excepcionales, de una gran sabiduría, como podemos admirar a Espartaco, y a Bolívar, y a Martí, y a los luchadores que encabezaron las revoluciones populares y democráticas en Europa... Pero los admiramos precisamente como hombres, no como seres sobrenaturales.

Si reconocemos que en Nazaret hubo un hombre llamado Jesús —luego Jesucristo—, no podemos menos que admirar los sentimientos de los primeros cristianos. El cristianismo nació con una enorme fuerza porque era una causa popular, el afán de igualdad y justicia para los desposeídos y los humillados. En los primeros años de la Revolución, cuando nuestros enemigos trataron de introducir confusiones en este terreno, Fidel dijo con mucha razón: «Quien traiciona al pobre, traiciona a Cristo.» El cristianismo, aun como movimiento religioso, surgió en oposición a los ricos, a la hipocresía de los fariseos y a la corrupción del Imperio Romano. Cristo desalojó a los mercaderes del templo a latigazos; los primeros cristianos murieron por sus ideas, perseguidos y escarnecidos por defender la jus-

ticia, la igualdad y la fraternidad; y a lo largo de la historia, ha habido muchos cristianos que han seguido sintiendo el cristianismo como un ideal de redención, como un proyecto de justicia social.

Una de las hijas de Marx le preguntó cierta vez cuál era, para él, el significado de la felicidad, y él respondió que la lucha. En este sentido, los cristianos sinceros y profundos se parecen mucho a los revolucionarios, a los comunistas; y pienso que esas fuerzas hay que unirlos, que esos sentimientos hay que unirlos; podemos tener concepciones filosóficas y teóricas diferentes, pero en la vida práctica, en la vida cotidiana, tenemos que buscar la unidad, la cohesión entre los hombres sinceros del mundo. El mundo está necesitado de esa unión entre los hombres sinceros y honestos, cualquiera que sea su filosofía. Y quizás esa unidad la encontremos en ciertos valores éticos o morales que suponen el esfuerzo y la lucha por la felicidad de los desposeídos. «De ellos será el reino de los cielos», y de ellos y para ellos se hace la revolución social.

¿Qué piensa usted de la campaña acerca de que en Cuba no se respetan los derechos humanos?

A mí me parece que no puede haber un derecho más humano que el derecho a la vida, y Cuba es hoy un país que puede enor-

gullecerse de respetar al máximo ese derecho fundamental. Nuestro país tiene el más bajo índice de mortalidad infantil de América Latina y la esperanza de vida más alta: setenta y tres años. Todo cubano, desde que nace hasta que muere, tiene derecho a la asistencia médica y la enseñanza gratuitas —incluso la universitaria—, al trabajo, a las vacaciones remuneradas, a la jubilación, a la protección social en la vejez o en caso de incapacidad física... Y tiene la posibilidad de desarrollarse, como individuo y como ciudadano, en un clima social donde no existía prostitución, las drogas, la discriminación racial, el analfabetismo, el desempleo ni el hambre... Y recuérdese que Cuba es un país pobre, sin petróleo ni grandes recursos naturales, todavía en proceso de industrialización, y sometido a un bloqueo económico, por parte de los Estados Unidos, que ya dura casi veinticinco años y que sólo un país en revolución podía enfrentar con dignidad.

La propaganda burguesa habla de los derechos humanos en una forma abstracta, es decir, ajena a las realidades, a las necesidades concretas de los hombres. Para nosotros los derechos humanos no son simples abstracciones jurídicas; existen en la medida en que se concreten en un mayor nivel de vida para millones de trabajadores a los que hay que dar empleo, de niños a los que hay que asegurarles escuelas, y de personas

a las que hay que garantizar asistencia médica gratuita. Para nosotros, los derechos humanos no son el privilegio de una minoría; abarcan a todos los ciudadanos, tienen que satisfacer las necesidades básicas de toda la población. La simple formulación jurídica no basta. Las leyes de casi todos los países del mundo consagran la existencia de esos derechos, pero su materialización, su puesta en práctica, son un problema político, social, económico, que sólo se resuelve con transformaciones profundas. Hacen falta las leyes que garanticen los derechos humanos, por supuesto, pero hay que materializar los conceptos abstractos para convertirlos en derechos concretos. Hay que transformarlos en carne y hueso de nuestra vida diaria. Eso significa que la libertad, por ejemplo, debe extenderse al derecho del ser humano a alimentarse, a trabajar, a estudiar, a combatir todas las formas de discriminación, a mantenerse saludable practicando deportes y recibiendo asistencia médica gratuita.

Cada cierto tiempo los Estados Unidos —sin consultar ni confrontarse con nadie— se declaran campeones mundiales de los derechos humanos y representantes de la libertad en el mundo. Pero basta asomarse a la sociedad norteamericana para comprobar que allí esa libertad brilla a veces por su ausencia o es sometida a una manipulación increíble. La revolución burguesa enarboló las consignas

de Libertad, Igualdad y Fraternidad, hermosas banderas que nosotros también enarbolamos. Pero sabemos muy bien que después de siglos de agitar esas consignas, millones de hombres viven en la miseria, en la opresión y en la desigualdad en muchos países burgueses. La Estatua de la Libertad, colocada a la entrada de la ciudad de Nueva York, quiso ser un símbolo de ese derecho inalienable del hombre, pero ha acabado convirtiéndose en un símbolo de las profundas contradicciones que vive la sociedad norteamericana, del abismo que separa las palabras de los hechos, lo que se dice de lo que se hace. Esa Estatua de la Libertad, que los franceses les regalaron a los norteamericanos hace ya casi un siglo, es hoy un símbolo vacío para millones de seres humanos. En la realidad de la vida, millones de personas en los Estados Unidos permanecen discriminadas, sin empleo o viviendo en condiciones de miseria dentro de los ghettos de las grandes ciudades. Hay pocos lugares en el mundo donde la opulencia y la miseria convivan de forma tan escandalosa, tan descarnada.

Así que cuando un presidente norteamericano —un señor como Reagan, por ejemplo, que fue elegido presidente de los Estados Unidos por una minoría de la población, menos del treinta por ciento de los electores del país— empieza a hablar de libertad y de derechos humanos, nosotros nos ponemos en

guardia, Algo debe de estarse tramando. Es cierto que Estados Unidos —las Trece Colonias de 1776— fue el primer país que proclamó las libertades burguesas, las más amplias que entonces se conocían. Pero al proclamarlas, dejó intacto durante ochenta años más el sistema esclavista. Ochenta años es casi un siglo. Durante casi un siglo coexistieron allí las libertades burguesas y el sistema esclavista. ¿No es como si se hubieran anticipado las contradicciones futuras? Con Lincoln y la Guerra de Secesión concluyó legalmente la esclavitud del negro norteamericano, pero durante todo ese proceso histórico y el posterior, las clases más reaccionarias de Estados Unidos atropellaron a los indios, se apoderaron de gran parte de México, intentaron frustrar la independencia de Cuba —y lo lograron durante sesenta años—, convirtieron a Puerto Rico en colonia y lanzaron sus cañoneras en zafarrancho de combate por todo el Caribe. El que no conozca esa historia no entenderá nunca el antimperialismo latinoamericano. No es una consigna. No surgió con la Revolución Cubana. Es un sentimiento profundo, que forma parte de la historia de nuestros pueblos, de la educación política de las masas.

Defendemos los derechos humanos y la más amplia libertad en la teoría y en la práctica; no los reducimos a expresiones formales ni a un sector de la población. Los queremos

para todo el pueblo y para toda la humanidad. Esa es la cuestión. Los cubanos y los demás revolucionarios de América Latina y del mundo hemos tomado en serio los principios de Fraternidad, Igualdad y Libertad que los burgueses —y el imperialismo— pisotearon y escarnecieron, después de haberlos levantado como bandera. Millones de personas en Estados Unidos y en muchos países capitalistas oyen hablar de libertad, pero no saben escribir la palabra libertad. ¿Cómo se puede ser tan hipócrita y hablar de libertad a quienes ni siquiera saben escribir esa palabra?

Con la democracia pasa otro tanto. En Cuba tenemos más democracia que en cualquier país capitalista. Yo emplazo a muchos dirigentes que nos acusan de antidemocráticos a presentarse en asambleas de obreros, de campesinos y estudiantes a contestar a las preguntas que se les hagan. Eso lo hacemos nosotros abiertamente en Cuba. Yo invito a esos demagogos a que vengan a nuestras asambleas obreras, campesinas y estudiantiles, los emplazo a que contesten a las preguntas que puedan formularles los desempleados del mundo. ¿O es que los desempleados no tienen también derechos democráticos? ¿No hay en todo esto una gran farsa, una gran hipocresía? Decía Fidel en los años iniciales de la Revolución: «Nos casaron con la mentira y nos obligaron a

vivir con ella; y tal parece que el mundo se viene abajo cuando oímos decir la verdad.» Y esto es lo que sucede en muchos países burgueses: viven en medio de una farsa escandalosa que sólo puede ser cubierta con un torrente de propaganda. Los Estados Unidos no sólo consumen esa propaganda, sino que la exportan masivamente. Pero eso no significa que no haya, en el pueblo norteamericano, una tradición democrática, una tradición de lucha por la libertad. Y un día va a hacerse sentir con fuerza en la vida social norteamericana. Nosotros no perdemos la esperanza.

Mientras tanto, en nuestro país, sostenemos un diálogo permanente con el pueblo. Para entender una sociedad u otra, hay que vivir dentro de esa sociedad y juzgarla con cánones distintos a como se juzgan las cosas en otro sistema social. Nosotros, que vivimos en una sociedad socialista, tenemos una ventaja sobre los que nos juzgan: que hemos vivido también en el capitalismo, sabemos lo que ha sido el régimen burgués en nuestro país, lo conocemos por dentro, de manera que tenemos más puntos de comparación. A veces los que nos atacan pretenden juzgarnos con los patrones de la sociedad burguesa. Mejor dicho, con las abstracciones de la sociedad burguesa. Pretenden juzgar nuestra sociedad socialista —la real— con los patrones de lo que la sociedad burguesa

quiso y no pudo ser, es decir, con los esquemas de una sociedad ideal, abstracta, que sólo existe en el papel. Al socialismo hay que enjuiciarlo y valorarlo sobre otros fundamentos. Impugnamos los fundamentos mismos con los cuales pretenden criticarnos y juzgarnos, y exigimos, en nombre de esas mismas democracia y libertad que dicen defender, que se juzguen nuestras ideas y nuestra acción revolucionaria sobre la base de nuestros principios —los principios de la democracia socialista— y de la forma en que los llevamos a la práctica. El socialismo se sustenta en la aspiración y en la lucha constante por mejorar las condiciones de vida del hombre y ampliar su libertad creadora; no se fundamenta en el principio de los partidos que compiten en la lucha electoral, ni en la teoría de los Tres Poderes de Montesquieu, ni en los mecanismos burgueses de poder. Los mecanismos electorales y democrático-burgueses no dieron resultado en Cuba —siempre acabaron en la intervención norteamericana o en el golpe de Estado—, y en muchos países significan limitación a la libertad y a las posibilidades de acción de las masas trabajadoras. Entendemos el socialismo como una ampliación de la democracia real, no partiendo de la democracia formal burguesa, sino de los principios genuinos de la libertad del hombre y de la participación activa y creadora de todos los ciudadanos en el de-

sarrollo de la sociedad. Sobre esta base —sobre estas reglas del juego— aceptamos la discusión a cualquier nivel. Estos son derechos fundamentales, inalienables, que de ser violados afectarían la dignidad plena del hombre de que hablaba José Martí. Es evidente para nosotros que en los países donde existen gobiernos que nos hacen esta acusación, muchos de esos derechos no se respetan. Es un hecho obvio que en Estados Unidos, por ejemplo, esos derechos tienen profundas limitaciones.

Por lo demás, conviene que se sepa que en Cuba los dirigentes estamos bajo una presión social muy grande, la que ejerce el pueblo con su vigilancia permanente. Porque los ciudadanos asumen sus derechos —garantizados no sólo por la Constitución y las leyes sino, como he dicho, por el propio clima social y político que vive el país—, y cualquiera lo puede parar a uno para plantearle un problema o preguntarle sobre una cuestión..., y uno tiene el deber de explicar, de dar razones y explicaciones, aunque la solución del problema no siempre esté a mano. Porque existen dificultades, naturalmente, aun entre los cuadros, ya sea porque no tienen la capacidad necesaria o porque cometen errores en su gestión. Por eso insisto siempre en que no se entienda el socialismo como algo ya hecho, terminado. Nosotros estamos descubriendo un mundo de derechos

y libertades, hemos avanzado notablemente en ese sentido, pero sabemos bien que un sistema social no se establece de la noche a la mañana. Recuérdese que el capitalismo necesitó siglos para desarrollarse; el socialismo no tiene todavía setenta años, el lapso de una vida humana. Hay muchos problemas sociales, organizativos, de planificación económica, sobre los que no hay suficiente experiencia acumulada, incluso a nivel del campo socialista en general. Y hay que investigar, analizar, estudiar, y todo eso implica un gran esfuerzo, una gran tensión. Pero lo cierto es que enfrentamos con éxito esas dificultades, y lo hacemos con la profunda convicción de que, por primera vez en la historia de nuestro país, se ha hecho realidad el respeto a la dignidad plena del hombre. Martí decía: «Yo quiero que la Ley Primera de nuestra República sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.» Y este principio, recogido en la nueva Constitución de la República, es el principio rector de toda nuestra política.

En fin, insisto en la idea de que se entienda el socialismo, no como algo hecho y terminado, sino como un movimiento, como un proceso de trabajo y de esfuerzos hacia el mayor bienestar y la mayor libertad de los hombres.

Su reciente viaje a España comenzó por Sevilla. ¿Tiene eso algún significado especial?

Bueno, pudimos haber escogido alguna otra ciudad, porque para nosotros es una satisfacción conocer y visitar cualquier ciudad de España. En Sevilla, sin embargo, teníamos algunos intereses específicos; por ejemplo, visitar el Archivo de Indias. Estuve en Sevilla hace unos años y no lo pude conocer; ahora no quería dejar pasar la oportunidad, porque para un latinoamericano esa es una de las instituciones culturales más significativas de España. La historia de Cuba y, en general, la historia de América Latina, no se pueden conocer exhaustivamente sin recurrir a los fondos de ese extraordinario archivo. Tenemos planes para que algunos historiadores cubanos vayan a hacer trabajos de investigación allí.

En 1992 se celebrará el Quinto Centenario del encuentro de las civilizaciones europeas y los pueblos aborígenes de América. Yo diría que se celebra el medio milenio del momento en que se encontró el camino del mundo. Porque cuando Colón y sus navegantes die-

ron con aquellas tierras —aquellas civilizaciones desconocidas para los europeos—, el mundo se completó, se redondeó definitivamente —tanto en el aspecto geográfico como antropológico—, de modo que puede decirse que Colón halló el camino del mundo. Los europeos hablan de Descubrimiento; muchos historiadores latinoamericanos, en cambio, hablan de la llegada de los españoles, alegando que esas tierras habían sido «descubiertas» ya por los pueblos aborígenes. Pero lo cierto es que con la llegada de Colón se descubrió el mundo tal como lo conocemos. La «Santa María», la «Pinta» y la «Niña» encontraron el camino del mundo.

Y este es un acontecimiento digno de conmemorarse, de celebrarse. Como todos los grandes acontecimientos, está cargado de contradicciones; pero no se puede negar que inauguró una época en la historia de la humanidad.

Sabemos que en España se están haciendo preparativos para conmemorar el Medio Milenio. En Cuba, el Consejo de Ministros dispuso que se creara una comisión encargada de organizar los actos conmemorativos. Uno de los puntos que fuimos a tratar con el gobierno español y con su Ministerio de Cultura fue precisamente el de nuestra participación en esas actividades; queríamos ponernos de acuerdo sobre el enfoque que vamos a darle, porque se trata de un acontecimiento

que atañe por igual a España y a América Latina, y dentro de esta, muy en particular, a Cuba.

Como latinoamericano, ¿tiene alguna sugerencia que hacer para que esa conmemoración sea un encuentro fructífero entre las culturas de dos continentes?

A mi juicio, el problema central radica en el modo en que se plantee, en la manera en que se analice y se juzgue el acontecimiento que vamos a conmemorar. Para nosotros, es el encuentro entre los pueblos europeos y los pueblos aborígenes de América —de lo que hoy llamamos América—, el encuentro del Viejo y el Nuevo Mundo, de la civilización española y las civilizaciones que —debido justamente a ese encuentro— llamamos hoy prehispánicas o precolombinas. En un hecho histórico tan contradictorio como ese, la forma de plantear el problema va a ser muy importante. Por eso yo hablaría del descubrimiento del camino del mundo. Antes de 1492 no había «mundo» en el sentido moderno; se le llamaba mundo a un fragmento de la Tierra. El mundo que hoy conocemos no existía en la conciencia de los hombres, ni física ni culturalmente. Esto quiere decir que el mundo —y con él, el sentido moderno de Humanidad, que incluye a todos los países y todos los pueblos del planeta— comenzó a revelarse con la llegada del Almirante a nues-

tras tierras. Pero el Almirante —como lo indica su título— respondía a una nación, a un Estado, representaba intereses muy concretos; entonces, ¿cómo enfocar el acontecimiento? Puesto que lo que conmemoramos es el hecho en sí —la llegada de Colón, el descubrimiento del camino del mundo—, yo creo que debe hacerse en términos universales; pienso que tanto los españoles como los cubanos y el resto de los latinoamericanos debemos conmemorarlo como un acontecimiento de importancia universal. Sé que hay países de ascendencia no hispánica que han querido tomar iniciativas también; pero creo que España e Iberoamérica son las que deben dar los pasos fundamentales, por razones obvias. Aquella fue una proeza del espíritu hispánico, de eso no hay duda. No se trata de precisar si Colón era español o no, si era castellano o genovés; se trata de reconocerle a España el mérito histórico de haberle brindado el apoyo necesario para realizar su extraordinaria empresa.

Creo que los iberoamericanos y los españoles deberíamos reunirnos y discutir sobre todo esto. La historia de España es inseparable de la de Iberoamérica, y viceversa. Incluso en sus contradicciones, en sus enfrentamientos pasados. Hoy, lo que permanece es una cultura común —una vasta zona de la historia y de la cultura que es común a ambas partes— y vínculos afectivos, artísticos

y literarios que han demostrado ser indestructibles. No se concibe una España desvinculada o desinteresada de América Latina, ni viceversa.

Cuba fue el último país que alcanzó su independencia de la dominación española, a fines del siglo pasado. Fue —como decían los viejos historiadores— «la última perla de la Corona de Castilla». Y centenares de miles de españoles llegaron como emigrantes o exiliados a Cuba en este siglo. Esto contribuyó también a que Cuba estuviera más vinculada a España que otros países de América Latina. A finales del siglo XVIII, el primer historiador criollo llamó a Cuba «Llave del Nuevo Mundo o Antemural de las Indias». Para España lo fue durante mucho tiempo, en efecto. Hoy, superados los obstáculos que se oponían a la independencia de los pueblos de América, Cuba puede ser de nuevo esa llave, no el antemural, sino el umbral de una relación más noble, mucho más elevada, que contribuya a estrechar el abrazo fraternal entre nuestros pueblos respectivos.

¿Existen canales de coordinación de una política cultural con España, o hay que crearlos?

Nunca ha habido una desvinculación entre ambos países. Es más: en los momentos en que los sistemas políticos de España y de Cuba tenían mayores discrepancias —contradicciones profundas—, se mantuvo una re-

lación. Actualmente, cuando se ha producido en España un amplio proceso de democratización, e incluso está en el gobierno el Partido Socialista, apoyado por otras fuerzas de izquierda, la relación ofrece, por supuesto, mayores perspectivas.

Insisto en que los nexos de Europa occidental —ya no de España solamente, sino de Europa occidental en su conjunto— con los países del llamado Tercer Mundo, son una necesidad para el desarrollo económico y cultural de la propia Europa occidental. Y en este sentido, España tiene una posición privilegiada, por sus vínculos históricos con el mundo árabe y con la América Latina. Es algo que no hay que imponer ni decretar, sino que puede producirse orgánica, naturalmente. El problema es cómo hacerlo. En nuestro caso, una vía puede ser el contacto entre los respectivos ministerios de Cultura. Pero es evidente que no basta una relación de carácter gubernamental; hay que buscar también nexos institucionales más directos: entre museos, universidades, centros de investigación, que directamente, por sí mismos, propicien un contacto más estrecho. En este sentido pueden desempeñar también un papel muy importante los intelectuales y artistas de ambos países. Cuando digo «intelectuales» incluyo, por supuesto, a los científicos, a los maestros, los especialistas en todas las disciplinas.

Es decir, se trataría de no limitar las relaciones a la esfera gubernamental, sino de extenderlas hasta que lleguen a convertirse en una relación entre ambos pueblos.

He propuesto que ambos gobiernos —el español y el nuestro— propicien fórmulas de colaboración entre las instituciones culturales y los intelectuales y artistas de Cuba y de España; vemos esas relaciones como un paso para ampliar los nexos culturales con el resto de América Latina.

Su visita a España fue precedida por la del Ministro de Cultura español a Cuba. ¿Significa eso que las relaciones culturales entre ambos países van, efectivamente, a intensificarse?

Ya dije que los triunfos democráticos ocurridos en España —y actualmente la existencia de un gobierno de izquierda— tienden a facilitar enormemente el intercambio cultural. La visita a Cuba del señor Javier Solana, Ministro de Cultura español, contribuyó mucho al desarrollo de nuestras relaciones, que ahora se afianzan y se extienden al campo de la cinematografía, del libro, del teatro, la danza, la música... Hemos sostenido conversaciones para tratar de coordinar actividades con el Instituto Iberoamericano. Y tenemos confianza en el éxito de nuestra colaboración en las actividades del Quinto Cente-

nario. La parte española ha mostrado su disposición a colaborar en los procesos de restauración de la Habana Vieja, recientemente declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. Y hemos estudiado la conveniencia de crear una comisión mixta para el estudio del siglo XIX, tanto español como cubano, pues hay un material riquísimo en los archivos españoles y en el Archivo y la Biblioteca Nacional de Cuba, que pueden ser investigados en colaboración por especialistas de ambos países. Hemos pensado incluso en hacer una exposición denominada El Siglo XIX Español y Cubano. Hoy es posible hacer un análisis científico, objetivo, de un período tan rico y tan decisivo de nuestra historia común. Las contradicciones de la época no deben hacernos olvidar las confluencias y las semejanzas. De modo que vamos a crear una comisión mixta que se encargue de estudiar distintos aspectos, tanto en el campo de la literatura como en el de las artes y del desarrollo de las ideas políticas; necesitamos conocer más a fondo el siglo XIX español y el siglo XIX cubano, sus puntos de coincidencia, la forma en que lo español influyó en lo cubano, y Cuba, por su parte, en la propia historia de España. Es un proyecto apasionante, al que queremos añadir otro sobre Martí: investigar exhaustivamente su etcpa española, su vida en España, y la

sociedad española en que Martí estudió, amó y luchó.

Pero eso no es todo. En el terreno de la cinematografía, estamos evaluando la posibilidad de coproducciones y de otras formas de colaboración. Con el Archivo de Indias aspiramos a tener una relación muy estrecha; con el Instituto Iberoamericano esperamos poder desarrollar encuentros de escritores e investigadores. Nosotros vemos este trabajo en común como parte de un proceso cuya primera fase debe culminar en 1992, cuando se conmemore el Medio Milenio; debemos ir incrementando desde ahora las relaciones culturales para que se fortalezca también, por extensión, el vínculo de España con Iberoamérica. Es decir, la relación bilateral no debe verse únicamente en ese estrecho marco —como simple relación entre ambos países—, sino en el marco mucho más amplio de las posibles relaciones futuras entre España y toda Latinoamérica. Por lo pronto, la comisión cubana del Quinto Centenario trabajará en coordinación con la española. El señor Luis Yáñez, presidente de esta última, acaba de visitar a Cuba y de entrevistarse con el presidente de la comisión cubana, doctor Antonio Núñez Jiménez, geógrafo y Viceministro de Cultura. Las perspectivas de trabajo no pueden ser más halagüeñas. Nosotros haremos todo lo que esté a nuestro alcance para que resulten lo más fructíferas posible.

¿Los cubanos se han planteado alguna vez la posibilidad de invadir a los Estados Unidos?

Es una pregunta inaudita. No creo que alguien se haya podido plantear eso alguna vez, ni siquiera en broma. Pero voy a aprovechar la ocasión para decir algo que no debe interpretarse como una amenaza, y menos de Cuba. ¿Sabe quién está invadiendo, penetrando profundamente a los Estados Unidos? La latinidad. A fines de este siglo, la minoría étnica más numerosa de los Estados Unidos será la latina. Alguien ha dicho, bromeando, que todavía en Nueva York, por ejemplo, quedan lugares donde se habla inglés. De algunas zonas de la Florida podría decirse lo mismo. En California y Texas hay millares y millares de personas de origen latino, sobre todo chicanos. Y el pueblo chicano tiene un gran sentido de su identidad étnica y cultural. Estados Unidos le arrebató a México gran parte de su territorio y, como es lógico, recibe el influjo de miles y miles de mexicanos, incluidos los braceros, los trabajadores agrícolas que cruzan constantemente

la frontera para hacer los trabajos que el norteamericano medio no hace. Además, otros miles de latinoamericanos van también a los Estados Unidos en busca de trabajo o como exiliados políticos. En el caso de los cubanos, se trata en gran medida de una emigración que fue alentada, patrocinada y luego explotada propagandísticamente por el imperialismo. Pero el hecho cierto es que la población latina de los Estados Unidos es numerosísima y, en algunos casos, bastante influyente. De modo que no se trata de una invasión guerrera, pero sí de una influencia latina que tarde o temprano se hará sentir en los Estados Unidos.

Martí, aludiendo al gigante Goliat para referirse a su propia posición antimperialista, dijo en una ocasión: «Mi honda es la de David.» Lo que ha ocurrido ahora es un fenómeno interesante: la Revolución Cubana es la primera revolución socialista de la historia que se produce dentro del sistema de dominación del imperialismo yanqui. Verdad es que el imperialismo no conoce fronteras geográficas —es por definición un fenómeno de carácter internacional—, pero me estoy refiriendo a la esfera de influencia directa del imperialismo norteamericano. De hecho, este consideró tradicionalmente al Caribe —y no sólo al Caribe, a toda Latinoamérica— como su traspatio, un gran apéndice de la Florida,

suministrador de materia prima y de bases militares.

Estados Unidos creó su esfera de influencia imperial con su intervención en la guerra hispano-cubana, el establecimiento de un régimen neocolonial en Cuba, un régimen colonial en Puerto Rico, una política intervencionista —el Gran Garrote— en México, Centroamérica y otros países caribeños, y Cuba era para ellos una presa segura. Bueno, un día dejó de serlo. Y por eso ven a la Revolución Cubana como un desafío intolerable, una revolución socialista dentro de las fronteras imperiales o, como dijo Fidel, hecha en las propias narices del imperialismo. La cercanía agudiza el problema, hay sólo noventa millas entre nuestras respectivas costas; pero la cercanía —y una relación muy prolongada— nos ha hecho también conocer y apreciar mejor al pueblo de los Estados Unidos.

Ya dije que durante el gobierno de Carter se abrieron algunas posibilidades para iniciar el diálogo entre ambos países. En esa etapa vinieron a Cuba grupos de norteamericanos invitados por nosotros; se hicieron conciertos musicales conjuntos; nuestras respectivas músicas tienen ciertas raíces comunes, de origen africano, e hicimos conciertos que revelaban esas afinidades rítmicas.

Nosotros no nos cansamos de aclarar, de advertir, de precisar que hacemos una clara

distinción entre el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos. En los Estados Unidos hay gente magnífica, hombres y mujeres muy preocupados por los problemas del mundo —por el destino del mundo—, que simpatizan con la Revolución Cubana o, al menos, que no sienten ninguna hostilidad hacia Cuba. El problema es que hay que llegar a ellos. Creo que América Latina tiene que tratar de llegar a ellos, que todos tenemos que tratar de hacerlo, por encima de la propaganda imperialista y la hostilidad de los gobiernos de turno. No necesitamos invadir a los Estados Unidos, necesitamos llegar al pueblo de los Estados Unidos. Es un pueblo con una tradición democrática muy fuerte, con amplios sectores progresistas —eso se advierte claramente en el campo de la cultura—, y estoy seguro de que apoyaría, por ejemplo, las posiciones más avanzadas que se sostengan en Europa sobre los problemas internacionales relacionados con la paz, la carrera armamentista... Recuérdese el movimiento contra la guerra de Vietnam, las manifestaciones contra la proliferación de armas nucleares... Y ahora mismo con El Salvador: hay un grupo amplio de legisladores norteamericanos que se opone firmemente a la intervención directa en El Salvador. Puede decirse que en los Estados Unidos hay un poderoso movimiento de apoyo a una solución negociada en El Salvador.

En suma, no es ya a los gobiernos a los que tiene que dirigirse la opinión pública de América Latina: es al pueblo de los Estados Unidos.

De hecho, Martí habló de la existencia de dos Estados Unidos...

Sí, los dos existen. Martí dijo: «Amo tanto a la patria de Lincoln como temo a la de Cutting.» Este último fue un aventurero norteamericano que, en el siglo pasado, preconizaba la anexión de una parte del territorio de México. Al responder a su pregunta anterior me referí a la patria de Lincoln. Ahora me voy a referir a la de Cutting —y de Walker—, que es la patria de Reagan, es decir, de los poderosos intereses que se mueven contra nuestros pueblos en los Estados Unidos.

Martí, aludiendo al peligro de una intervención yanqui en nuestra última guerra de independencia, advirtió que un error en Cuba era un error en la humanidad moderna. Ahora podríamos decir que un error en Centroamérica sería un error en la humanidad moderna. Si la patria de Walker, de Cutting y de Reagan se embarcara en una intervención directa en El Salvador, ocurriría algo mucho peor que en Vietnam. Primero, porque El Salvador está más cerca de los Estados Unidos, y después, porque ya los Estados Unidos han pasado por la experiencia de Vietnam, que

sacudió la conciencia del país. Encontrarían una férrea oposición en El Salvador y en su propio país, y sería difícil impedir que la guerra se generalizara en Centroamérica. No cabe duda de que la guerra en El Salvador está siendo ganada por los revolucionarios. Los revolucionarios —muy juiciosamente, muy sensatamente— plantean negociaciones pacíficas, una propuesta que ha encontrado el apoyo de los gobiernos de México, Venezuela, Panamá, Colombia y de otros gobiernos latinoamericanos. Estados Unidos se niega a entablar negociaciones pacíficas para resolver la situación actual de El Salvador. Si la patria de Cutting invadiera a El Salvador, cometería un error gravísimo, de consecuencias imprevisibles, desastrosas, que afectarían directamente a toda Centroamérica. La opinión pública mundial se alzaría indignada. Y nadie duda —porque está demostrado hasta la saciedad— que los centroamericanos saben pelear, y pelean, tienen recursos para hacerlo, y no les faltan simpatías ni relaciones dentro de los propios Estados Unidos, incluyendo a muchas congregaciones religiosas, de cristianos progresistas, que respetan y admiran el poderoso movimiento cristiano de izquierda que existe en Centroamérica. La lucha del pueblo salvadoreño no debe verse como algo ajeno o alejado de Europa. Hoy el mundo no se puede dividir en comparti-

mentos estancos; el mundo actual es uno, y una invasión yanqui a El Salvador repercutiría inevitablemente en España, en Francia y en otros países europeos.

¿Cuba está preparada para resistir una agresión, una invasión procedente de los Estados Unidos?

Nosotros no tenemos armas atómicas, pero puedo asegurarle que haríamos una resistencia tal, que conmovería al mundo. Estamos suficientemente preparados para resistir una invasión de ese tipo o —para ser exacto— un disparate de ese tipo. Tenemos, por supuesto, el ejército regular; pero tenemos además las Milicias de Tropas Territoriales, que es el pueblo organizado, y que ante cualquier eventualidad se lanzaría masivamente a la defensa del país. Tenemos fuerzas suficientes y el valor necesario para dar la pelea. Teóricamente ellos pueden exterminarnos; con una agresión atómica pueden exterminarnos; pero de ninguna manera pueden vencernos. En realidad, cuando nosotros respondemos a la consigna «¡Patria o Muerte!» gritando «¡Venceremos!», es porque estamos convencidos de que vamos a vencer. Si hemos estado un cuarto de siglo resistiendo y venciendo, podemos confiar en que, efectivamente, venceremos. Nos estimula mucho la solidaridad, la corriente de simpatía que siempre hemos recibido de los pueblos hermanos de América

Latina y del mundo entero. Creo que en un caso como ese contaríamos con el apoyo moral y con la cooperación del mundo entero. No de este o de aquel país, sino del mundo entero. Cuba tiene muchos aliados: los países socialistas, desde luego, muchos países del llamado Tercer Mundo, muchas simpatías en Europa y en los propios Estados Unidos; y tiene, sobre todo, la decisión probada de nuestro pueblo. La historia demuestra que a un pueblo que decide resistir y posee las armas para resistir, no hay modo de vencerlo.

¿En qué radica, a su juicio, la fuerza de la Revolución Cubana?

Tengo la impresión de que eso, que resulta tan claro para los cubanos, requiere algunas explicaciones en el extranjero. Voy a ser breve. En Cuba, el Grito de Independencia se dio en 1868. Para explicar que aquel no era un acto precipitado, sino que tenía raíces profundas, un patriota escribió: «Esta revolución viene germinando en nuestro corazón desde hace medio siglo.» Así que ya en 1968 podíamos decir que esta Revolución había combatido en los campos y ciudades de Cuba durante todo un siglo y venía germinando en nuestro corazón desde hacía siglo y medio. Por la Revolución Cubana —así se llamó desde 1868— lucharon y sacrificaron sus vidas varias generaciones de patriotas. De modo

que cuando esa Revolución triunfó al fin en 1959, el pueblo entero sintió, como Martí al desembarcar en Cuba, que había llegado a su «plena naturaleza». Es decir, sintió su propia fuerza acumulada durante casi un siglo de combate. Y ahí radica, en primer lugar, la fuerza de la Revolución Cubana: en su necesidad histórica y en la fuerza del pueblo. Además, se trataba esta vez de una revolución en su nivel histórico más alto, de una revolución socialista, sin concesiones ni retrocesos. Cuando en 1959 se promulgó la Ley de Reforma Agraria, en 1960 se nacionalizaron las empresas y en 1961 se derrotó la invasión mercenaria organizada por la CIA, se puso de manifiesto que esta vez la revolución en Cuba iba a ser Revolución e iba a ser cubana **definitivamente**.

El que palpó en circunstancias muy difíciles esas fuerzas acumuladas y las puso en movimiento —desde el asalto al Cuartel Moncada, en 1953— fue Fidel Castro. Fidel condujo la lucha armada contra la tiranía batistiana, y desde 1959 conduce la resistencia de nuestro pueblo a las agresiones imperialistas y el esfuerzo por construir una nueva sociedad. Su autoridad histórica, política y moral es reconocida por todo el pueblo de Cuba y por muchos pueblos fuera de Cuba. De manera que la fuerza de la Revolución Cubana radica también en la confianza, la identificación del pueblo con Fidel, y en la unidad que se

forjó en torno a él en estos treinta años de lucha. Esta es una verdad histórica. Los marxistas reconocemos el papel del individuo en la historia, en la medida en que esos individuos hayan sido capaces de movilizar las aspiraciones y las fuerzas latentes del pueblo.

Por lo demás, nuestra clase obrera, nuestro campesinado, nuestros estudiantes, la inmensa mayoría de nuestro pueblo está identificada y unida también en torno al Partido y a sus máximos dirigentes, cuyo historial revolucionario les da asimismo una autoridad política y moral indiscutible. Y esa autoridad se consolida día tras día por la constante vinculación de los dirigentes con las masas —a todos los niveles—, lo que, bien mirado, constituye la fuerza cotidiana de la Revolución y la garantía de su permanencia.

En el mundo moderno se desarrolla un intenso debate sobre los problemas de la cultura. Ese debate no siempre tiene un carácter cultural. Los grandes monopolios de la información y sus voceros locales han establecido reglas de juego que se basan, por lo general, en la manipulación y el escándalo publicitario. ¿Objetivos? Desacreditar al socialismo, negar la posibilidad de una nueva concepción de la cultura y de las relaciones humanas y sociales. De ahí la necesidad de cambiar las reglas del juego para no caer en la trampa de los manipuladores de conciencias y los profesionales de la frivolidad.

En esta entrevista, Armando Hart Dávalos —miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba y Ministro de Cultura— responde al sugestivo cuestionario que, a su regreso de un recorrido por Europa, le sometiera el periodista cubano Luis Báez. ¿Se han cometido errores en la política cultural cubana? ¿Intelectuales o artistas de prestigio han abandonado el país? ¿Cuáles son las relaciones del Estado cubano con la Iglesia? ¿Se respetan en Cuba los derechos humanos? ¿Es posible la democracia con un solo partido? ¿En qué radica la fuerza de la revolución? ¿Qué es la libertad? El lector hallará aquí argumentos que le permitan abrir el debate sobre nuevas bases. *Las cartas sobre la mesa* es una invitación al análisis colectivo, un desafío a los esquemas y una síntesis de los principios esenciales de la revolución cubana en el terreno de la cultura, y en especial de la literatura y el arte.